

ANGEL MENOYO PORTALÉS

EL CARRIL DE PAJA

NOVELA ::

:: DESCRIPTIVA

LIBRERIA ANTICUARIA

Jerez

C/ Madera, 20
Teléfono 666 15 36

28529 RIVAS-VACIAMADRID
(MADRID) ESPAÑA

C/05

D & CL
A

A mi muy estimado
y considerado amigo
D. Francisco Fuentes, en
un cordial saludo de
Angel Meroy, Portales

CB 1121532
t. 92907

EL CARRIL DE PAJA

N.T. 92907

C.B.

El Carril de Paja

Novela descriptiva de costumbres bejaranas

POR

Angel Menoyo y Portalés



Segundo premio del Concurso celebrado por

«La Ilustración Española y Americana» en MXMXIII



BURGOS

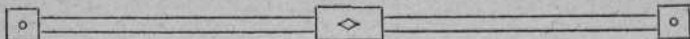
IMPRENTA DE JOSE PÉREZ DIEZ

1917



R. 76144

~~~~~  
*Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito que  
marca la Ley.*  
~~~~~



El "crío" de la "Frasca"

El viajero que, al mediar el último tercio del siglo XIX, fuese en el coche-correo desde Salamanca á Béjar, al llegar al sitio en que se cruzan la carretera y el camino de Fuentes á la Cabeza, vería de seguro una caterva de desarrapados chicuelos que, provistos de viejas espuestas de pleita ó de rotos canastos de mimbre, en los que recogían el estiércol que por aquellos parajes iban dejando las caballerías y las reses, esperaban el paso de la diligencia para tomar por asalto el estribo y sacar alguna moneda á los viajeros, con lo que, poniendo de mal humor al mayoral, le hacían repartir á diestra y siniestra restallantes trallazos para despejar el carruaje de aquel enjambre de pilluelos.

En aquella cuadrilla de desarrapados chiquillos, seguramente uno de ellos le habría llamado la atención por más roto, sucio y atrevido entre los desastrados y haraposos que eran todos. Y al verle con su camisa de color indefi-

nido, llena de girones, remiendos y corcusos; con sus calzones, en tiempos, de pana cenicienta, mosaico entonces de todos los paños, panas y bayetas que se vendían en los comercios; con sus pies descalzos, cubiertos de espesa costra cuarteada y gris; con su cara velada por los mil chafarrinones de jugo de zarzamoras; con su cabeza, unas veces matorral espeso y enredado, y barbecho recién arado otras, cuando la inexperta mano de su madre había rozado aquel abrupto monte, trazando surcos desiguales y nada paralelos, y con su agilidad de mono para encaramarse el primero en el estribo del coche y sacar con su garrulería truhanesca la primera moneda del viajero, comprendería desde luego que aquél era el capitán, el jefe ó el cacique de aquella tribu de asaltantes pedigtieños.

Este capitán, jefe ó cacique de los *golfos* de Fuentes de Béjar, era *Chinarro*.

Nadie sabía de qué peña se había desprendido aquel chinarrillo, que al caer en el arroyo de la vida había de ir dando tumbos entre sus corrientes aguas para desgastarse, tal vez pulirse, quizás hundirse entre el légamo del fondo, hasta que, impelido por las turbonadas de devastadoras tempestades, fuese á parar al mar sin límites de la eternidad

Poco claras y tranquilas estaban las aguas en el sitio donde cayó nuestra piedrecilla.

Chinarro, ó Juan de la Cruz Expósito, que este era su verdadero nombre, había sido puesto una noche en el torno de la Inclusa de Salamanca. Allí fué bautizado y

allí recibió aquel sobrenombre que iba pregonando por todas partes el origen desventurado del que le llevaba.

.....Juan *el Mellao* y *Frasca*, su mujer, perdieron el único hijo que tenían, y buscando un alivio á su miseria, pidieron á la Diputación provincial un niño de la Inclusa para que le criase *Frasca*, y, aun no enjutas las lagrimas por la muerte del hijo, se encaminaron á Salamanca en busca del inclusero que ayudara al escaso jornal, para sostener la vida en aquella casuca triste..., y con ellos fué Juan de la Cruz. Primer empuje que le daba en la corriente de su vida la tempestad de penas y miserias de la casa del *Mellao*.

En Fuentes de Béjar vivió Juan de la Cruz, proporcionando un respirillo á su nueva familia con el dinero que por su crianza daba la Diputación; y cuando, hecho ya un mocete, se andaba solo y había aborrecido el pecho de *la Frasca* para engullirse los zoquetes de pan negro y crujiente, como el matrimonio no tenía más hijos y habían tomado ley al inclusero, sobre todo *Frasca*, que no solamente le tenía ley, sino que le quería con vida y alma, con él, como hijo, se quedaron.

A su lado creció, y ya en la época de la cava de las viñas y en la vendimia, servía para llevar la comida á su padre adoptivo y hasta recogía espuertucas de *vicio* que compraban los labradores, enderezándose aquella casa con el arrimo de los tres seres que la ocupaban.

Pero lo bueno dura poco. Y un mal día, después de un mes de haberse ido *el Mellao* á la siega de Extremadura,

volvió con dos granos negros y feos que le habían salido en un brazo después de desollar una oveja que se le había muerto al amo para quien trabajaba. Vino el médico, torció el gesto, dijo que eran carbunclos, y rajó y quemó sin compasión; pero se amodorró Juan, y á los tres días *el Mellao* había muerto, sin dejar ni pan que su gente pudiera llevarse á la boca, ni consuelo para aquella pobre *Frasca*, ni esperanza de que aquella casa, que empezaba a enderezarse, pudiera sostenerse y no se viniese abajo.

En vista de la desgracia, el Secretario del Ayuntamiento pensó en volver al Hospicio á *Chinarro* (ya, sin saber quién, ni por qué, le habían dado ese nombre á Juan de la Cruz); pero *Frasca* se opuso tenazmente, y con ella se quedó *Chinarro*, trabajando la pobre mujer en todo lo que le salía para ganar el mendruguillo, sacando patatas, rebuscando bellotas ó haciendo la vendimia.

Entretanto *Chinarro*, sin hombre que le sujetase ni madre que le riñese, pues *Frasca* hartó hacía con trabajar desde que salía el sol hasta la noche, vivía la vida más pobre y más sucia, pero más libre que chiquillo alguno había disfrutado; y con su espuerta colgada siempre al brazo, no había sitio en que no estuviera, ni nido que no cogiese, ni fruta que no probase.

Servicial sí lo era. Y todos, no sólo en Fuentes, sino en La Cabeza y hasta en Sanchotello y en Ledrada, se creían con derecho á mandarle: «Mira, *Chinarro*, le decía una mujer en La Nava, vas á *dir* á la botica de Fuentes, y me vas á traer estas *melecinas*, pero volando.» Y allá

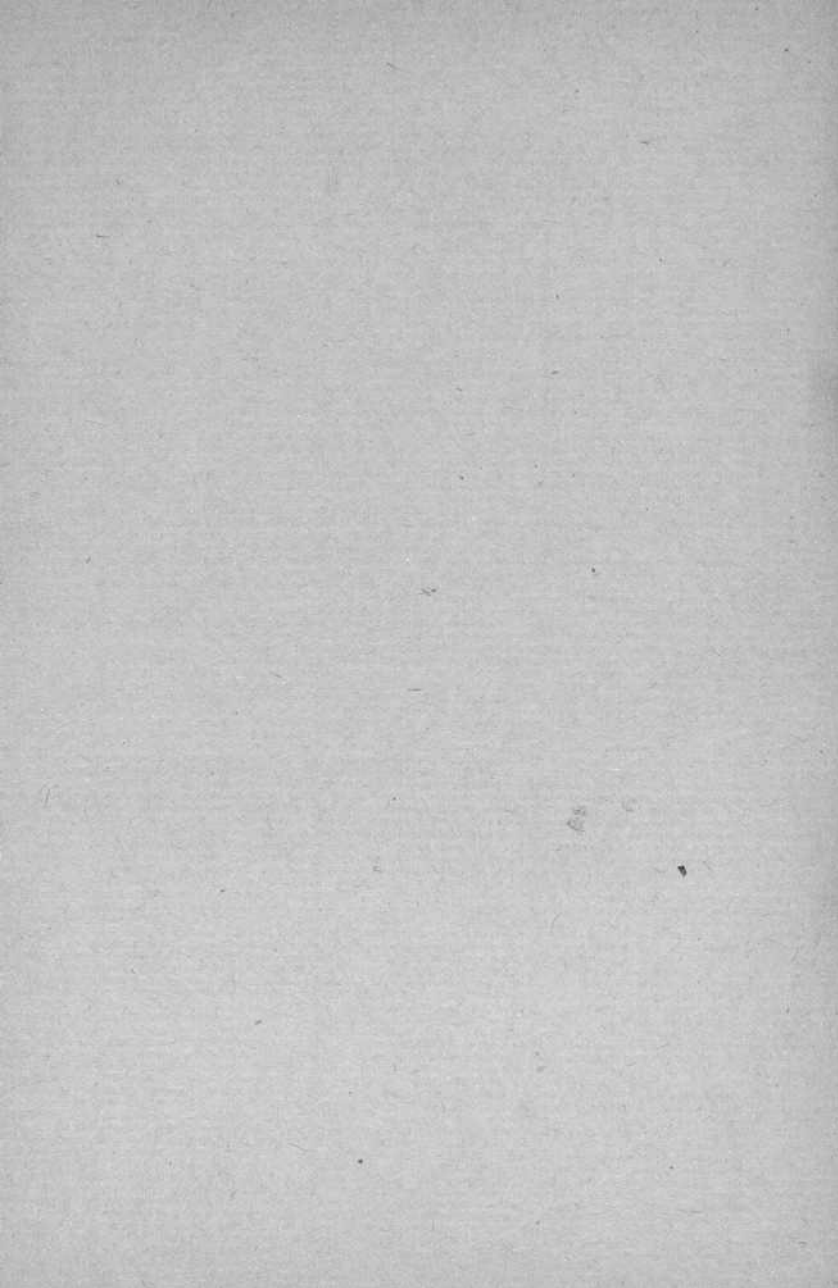
iba *Chinarro* con su cesta al brazo, y en ella atados un par de frascos de vidrio y en la mano la receta, que muchas veces llegaba ilegible á la farmacia, por virtud de la roña de aquélla.

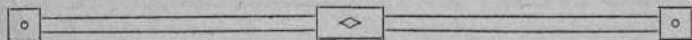
Otras veces era ir á buscar á la *Morena*, la vaca que estaba en el «Prao Bermejo». Ya, ir á pedir un pan á la tía Blasa. Cuándo á llevar el *garrapillo* al porquero. Y todo lo hacía *Chinarro* solícito y contento, sin que jamás le agradecieran el favor, y como si él fuera de procomún.

Algo sí sacaba. Porque si iba el día de San Roque á La Cabeza, no faltaba alguno, de los que tanto le habían ocupado, que le diera un puñadillo de avellanas y hasta un *retorcido* de dulce, bien repintado de encarnado, con el que venía orondo y satisfecho, dándole chupetazos por el camino.

Así creció *Chinarro*, y cuando, hecho ya un zagalón por los años y por la corpulencia; cuando aquellos brazos manejaban el azadón como cualquier hombre en la cava, y la hoz en la siega, y el bielgo en la trilla, seguía siendo ocupado por todos, pero no recompensado como debiera por ninguno.







El primer vuelo . . .

Un día..... Era á principios de verano. La *tia Frasca*, arrodillada en el hogar de la cocina, soplabá acompasadamente bajo el hacecillo de menudas taramas, que servían para encandilar la lumbre, en la que había de guisarse el pucherillo de patatas, que *Chinarro* y ella cenarían cuando aquél regresara de la dehesa en donde estaba guardando unas vacas del Alcalde.

—¡*Frascaaa!*—vocearon á la puerta de la corraleja que servía de atrio á la casa.

—¡Pase quien sea!—contestó *Frasca* en igual tono.

Y un hombre como de cincuenta años atravesó la corraleja y penetró en la cocina humosa.

—Dios te guarde, *Frasca*.

—Y á tí *tamién*, Roque.

—¿Está *Chinarro*?

—*Entadía* no ha *güelto*; pero no debe de tardar.

—Pues yo venía con el *conque* de ver si *quedriais* que se viniese con *nusotros* á Extremadura. Estoy *haciendo*

cuadrilla, y como *Chinarro* ya sirve *pa* el menester, pues me dije: Voy á ver si ellos tienen *comeniente*.

—*Comeniente, denguno*. Ya tú ves: ¿á qué está el chico? Él está deseando ajustarse, porque así *como lo hila*, pues no está bien. Que ya ves tú que ni *pa mercarse* unos malos calzones tiene el *desgraciao*, y ya es un zagalón, y ni con los de su *parigual* puede *dir*. Y lo que él dice: «Madre, yo quisiera *dir* con la mocería, pero sin pagar la cántara, pues no puede ser.» Con que ya tú ves, Roque; con el alma y la vida.

—Pues de *soldá, Frasca*, se le dará «medio peón», que, como tú conocerás, no habiendo *salio entodavía* de cuadrilla, no puede *acompararse* á los demás.

—Es *verdá* que *entadía* no ha *salio*; pero tú sabes *tamién* que hace la *mesma* labor que *cualesquier* hombre.

—Bueno. Pero no tiene *comparanza* con *el Rana* y con *el Viesgo*, ni con *Juanón* ni con *el Tuerto*, que van en la cuadrilla y ya sabes cómo son para el trabajo.

—Pues has de ponerte en razón. El chico sirve como cualquiera, y aunque no se le dé *tó, tiés* que *dale pa* tan siquiera tener *pa* la hoz y mal comer, y que le queden cuatro cuartos *pa echáselos* encima. Yo *pa* mí no quiero *na*; que para unas tristes patatas, no he de dejar de *ganalo*; pero que la criatura se *arree* algo de *hato*.

—Pues esta es la última—dijo Roque, rascándose la recién pelada cabeza:—se le dará medio, y, si se sale bien al rematar la *temporá*, se le aumentarán noventa *riales* de *granjeo*.

Y dando por terminado el asunto, fué saliendo despacio de la cocina, diciendo según iba marchando:

—Yo me voy *pa* la mi casa. En cuanto venga *Chinarro palralo* vosotros y *llevame* el *conque* esta *mesma* noche, *pa*, si no conviene, hacer yo *deligencia* de otro en la mañana, antes que la gente se *vaiga* al campo; porque *esotro* día *himos* de salir de *madrugá*. *Conque* que *haiga* buena noche, *Frasca*.

—Lo *mesmo* te digo, Roque.

.....

No había transpuesto el tío Roque la esquina del Matadero, cuando *Chinarro* entraba por la primera portalada, cargado con una gavilla de taramas que echó sobre el montón, que la constancia de todos los días iba formando para acopio del invierno.

—¡*Chinarro!*.....—llamó *la Frasca*.

—¡Señora! Voy de seguida.

—Hace un momento—dijo *la Frasca* apenas *Chinarro* asomó por la puerta de la cocina—que acaba de *dirse* Roque, el de la Marta, que ha *venio pa* si querías *dirte* con él de cuadrilla á la siega.

—Y *usté* le habrá dicho que sí de seguida.

—Yo no he dicho que sí ni que no hasta *palralo* con tigo. Porque son unos gangueros, y con el achaque de que no has *salio entadía* de cuadrilla, pues se *desataca* con que no quiere darte más que «medio peón» y noventa *riales* si sale bien de los destajos que ha *tomao*.

—¡Qué importa, madre! La cuestión es ajustarse, que

dimpués, cuando vean cómo trabaja uno, ya será otra cosa.

—Pues eso, tú has de *velo*, Juan. El dijo que en la su casa aguardaba, y que se le llevara esta *mesma* noche la respuesta.

—Entonces, voy de seguida y vuelvo volando.....

Y en dos brincos salió á la portalada, y, más que á paso, corriendo, cruzó la calle, sin parar mientes siquiera en una moza que, con otras dos, charlaba en la puerta contigua á la de *Frasca*, y que cuchichearon, riendo por lo bajo, cuando se apercibieron de la carrera del apresurado mozo.

Y era de extrañar en *Chinarro* semejante distracción; porque desde que el señor *Quico* había vuelto á Fuentes, después de seis años de guardería en la dehesa de Villavieja, y había ido á habitar con su mujer y con su hija Remedios la casa medianera con la de la *tía Frasca*, andaba soliviantado el pobre muchacho, siendo rara la tarde que no tenía que arreglar la leñera, aquel montón de troncos y ramujos, desde el que se dominaba la corraleja del *tío Quico*, coincidiendo la hora del arreglo con la salida de Remedios al fregoteo de cacharros en la pileta, salida que anunciaba el chirrido de la garrucha del pozo. Y más raro todavía el que retrasara la vuelta del trabajo para ponerse en acecho á la puerta de su casa, esperando á la moza que saliera, y verla con el cántaro apoyado en la cintura, moviendo los cuadriles en ritmo acompasado, limpia y repeinada, camino de la fuente.

A lo que no se atrevía ni á tiros, á pesar de las ganas que se le pasaban y de la vecindad, que podía facilitarlo, era á dirigirla la palabra más allá del inocentísimo saludo.

Varias veces había intentado hacerlo cuando ella sentada en el poyo de la puerta, y él recostado en la jamba de la suya, veían pasar á los hombres que llevaban el ganado á darle agua, y á las mujeres con sus tarjas y sus jarras camino de la taberna, en busca del vino para la cena.

Pero aparte del consabido saludo y cuatro cosas sin substancia, á cuenta del *boche* del tío Lucio ó del *churrillo* de la tía Bernarda, llegaba todas las noches la hora de que la madre llamase á la muchacha para que entrase á poner la cena, sin que se le ocurrieran palabras á propósito para poder «pegar la hebra».

Y esto era desesperante, porque, lo que él decía: «Bueno está que uno no pueda bailar con ella ni *rondala* con la mocería, porque *entodavía* no he *pagao* la cántara; pero *palrrar* con ella como vecino, ¿quién me lo priva sino lo *respetosa* que me es esta criatura, á pesar de ser más zagala que uno y de haber *dio* más de dos veces en la mi *compaña* á espigar en los rastrojos y á rebuscar patatas y bellotas antes de *dirse* con los sus padres á la guardería?»

.

Poco tardó *Chinarro* en regresar de casa del tío Roque, y agradable fué, sin duda, la entrevista, á juzgar por el alegre canturreo que traía. Las mozuelas, que todavía continuaban la conversación, tornaron á los cuchicheos y

á las risas en cuanto *Chinarro* asomó por la cuesta; y la más joven, zagalona de apenas quince años, más atrevida que las otras, se encaró con él:

—Por lo visto te ha *saltio* bien la cuenta, *Chinarro*. *Paece* que vienes muy contento.

—Ya se ve que me ha *saltio*, Sabina; como que *esotro* día me voy con el tío Roque, el de la Marta, á la siega.

—*Nus* alegramos, hombre; á ver si á la vuelta te vemos ya en el baile de la plaza.

—¡Pues no que no!

—Entonces me bailarás el día de la Virgen, ¿no *verdá?*..... Digo, si no *tiés* compromiso con *denguna*.

Y subrayaba el *denguna* mirando á la Remedios y haciendo, de paso, un mohín de inteligencia, con lo que *Chinarro* se encendió como la grana, se le atarugaron las palabras, y, no pudiendo dar pie con bola, se despidió torpemente y se metió en su casa renegando de la Sabina, tan entrometida como desahogada, y de su maldito genio *pusilamen*; prometiendo enmendar á la primera las tonterías que acababa de cometer en aquel rato.

Una hora más tarde, el gallinero de la *tía Frasca* andaba alborotado y revuelto, aleteando las aves, asustadas, hasta que salió *Chinarro* por la baja puertecilla del angosto cuchitril, llevando cogidos por las patas un gallo y dos gallinas, que daban penetrantes alaridos mientras los llevaba á la cocina, en donde la *tía Frasca* colocaba entre capas de paja, dentro de una cesta, algunas docenas de huevos: mercancía que se convirtió al siguiente día en un

ancho sombrero de palma, en dos hoces de mangos de madera, atadas por las curvas cuchillas con tomiza de esparto, y en unos dediles de suela que compró la viuda del *Mellao* en la calle de Mesones, de la ciudad de Béjar, después de haber despachado las gallinas y los huevos entre la casa del notario y la botica de la Corredera.

.

La guardabarrera del paso á nivel del camino de Béjar vió, á esotro día de aquel en que *Chinarro* se convino con Roque, el de la Marta, cuando el sol aún no asomaba por las lejanías del Congosto, al tío Roque, al *Viesgo* y al *Juanón*, al *Rana*, al *Tuerto*, y con ellos al satisfechísimo *Chinarro*, cargados con sendas mantas sayaguesas y alforjas costaleras, de las que asomaban las encorvadas hoces, y bajo de las que colgaban los aceiteros de cuerno y las ennegrecidas sartenes; cubiertas las cabezas con sombreros de palma y apoyándose en nudosos báculos. Subieron la pequeña cuesta de la estación; atravesaron la vetusta villa, cabeza del Juzgado; pasaron los castañares de Castagallo y del Puerto, remojaron sus *gañones* de refrescante aloque en el ventorro, bajaron por la retorcida carretera, y, dejando á sus espaldas á Baños, el de las aguas medicinales, el pintoresco Hervás y la episcopal Plasencia, se sumieron en aquella exuberante Extremadura, atravesando las inacabables dehesas de encinas seculares, y llegando, al fin, después de largos días de marcha, al mar de mieses amarillas y de rojas barbecheras que forman la extensa planicie de la ardorosa «Tierra de Barros».

Allí, recibiendo sobre sus espaldas, casi desnudas, los rayos de fuego del sol que abrasa; pigmentándose á su influjo las caras y los torsos, de bronceño color; ahogándose con el asfixiante vaho que, como calenturiento cuerpo, despide la tierra; hiriendo sus ojos la cegadora luz que se refleja en aquel inmenso lago que finge la calina; levantando los encorvados cuerpos; estirándolos en largo des-perezo, para dar descanso á sus doloridos lomos; secando con el revés de sus callosas manos el sudor que mana de sus frentes y que cosquillea al resbalar por las rezumosas mejillas; mitigando con el agua gorda y sosa que mantiene tibia el cántaro, escondido entre los haces, la sed ardiente de sus reseca fauces, aquellos hombres arrancan al terruño el miserable ahorro que ha de calmar á medias las escaseces del invierno sin trabajo.





:: El gran día de "Chinarro"

Cuatro días faltaban para el de la Virgen de Agosto.

Con el pensamiento puesto en el baile, le esperaban, ansiosas las muchachas, y los mozos se refocilaban pensando en las meriendas y en las trasnochadas.

Las cuadrillas de segadores iban regresando al pueblo con las pesetillas ahorradas.

Los más rezagados aprovechaban la luz de la luna, para rematar el destajo y poder llegar al pueblo antes del 15.

La cuadrilla del tío Roque fué de las últimas que llegaron, y apenas si le quedó tiempo á *la Frasca* para ir á Béjar con *Chinarro* y *mercarle* los *majos*. Porque á esotro día de su llegada, al toque de las doce, el alegre repique de campanas y el alocado voltejeo del cimbalillo, anunciaba á los Fonteños la vigilia de la fiesta.

.
Llegó, por fin, el esperado día. La gente madura se

levantó temprano. Los hombres para llevar las reses á los prados, y las mujeres para regar los huertos antes de que tocasen á misa.

La mocería durmió aquella noche á pierna suelta, sin los apremios de la faena y ya el sol llevaba más de dos horas alumbrando las cumbres de los cerros de Fuenterroble, cuando empezaron á rebullirse, para atusarse los cabellos las mocitas y fregotearse ellos los tostados bustos.

Cuando repicaban las campanas el primer toque de misa, empezaron á salir de sus casas los mozos, enmajecidos y acicalados, camino de la plaza, en la que se juntaban en corrillos ó luchaban, retozones, esperando á las mozas, que, con trajes domingueros, y tocadas con las mantillas de franela ó la toca salamanquina de terciopelo negro, iban hacia la iglesia, llevando el felpudo de esparto arrollado debajo del brazo, y en la mano la candela para alumbrar, durante el Oficio, á los parientes muertos.

—Anda con Dios, Tomasa. ¡No gastas tú poca *fantasia!*

--Porque se puede, hijo.

—Ya se ve. Como que no te haces caso de *naide*.

—No te había visto, *Colás Desimula*.

—Pues no será por falta de ojazos, ¡*coiles!*, que bien requetehermosos te los dió Dios.

—¿Tan *Trempano* y ya con *bulras*?

—Ya sabes tú que no me *bulro*, ¡*lucero!*

.....
—*Cuidiao* con ese guijo, *Cepriana*, no trompiques.

—Sin *cuidiao* te tiene, Julián.

—¡*Desagradecta!* ¡*Dimpués!* que lo hacía *pa* que no se estropeasen los tus zapatos majos!

—Pues Dios te lo pague por lo de los zapatos.

.....
—¡Oye! Por allí viene la Remedios: dila algo, *Bastián*.

—¡*Cualesquiera!* Con el genio que se gasta la niña. Eso se queda *pa* Vicente.

—*U pa Chinarro.*

—¿*Chinarro?* Pues *velaile* por dónde viene... Quien mienta al Rey de Roma...

—Es *verdá*: la sogá tras del caldero Y que viene el mozo con *tos los majos*.

Y así era en efecto. *Chinarro* se había echado encima todas las galas mercadas la antevíspera, y apenas si había quien pudiera conocerle con sus pantalones de pana color de castaña; sus borceguies de becerro blanco, con suelas gordas y majuelas de correa; con su ancha faja, de ocho vueltas, ceñida á la cintura; con su chaleco de rizado veludillo azul, recuerdo del *Mellao*, que *Frasca* había tenido guardado en el fondo del arca para cuando su *pimpollo* pudiera lucirle; con su camisa de percal, nuevecita; con su boina recién estrenada, debajo de la que salía el rizo de cabello negro, que caía, ondulado, sobre la frente; con su blusa de Vichy, bordada de trencillas, colgando desgairada, de sus hombros, y con su cachava de acebuche re-tostado y reluciente, pendiente de su brazo.

Poco detrás, *la Frasca*, acabando de ponerse la deslu-

cida mantilla, que fué negra y el tiempo había vuelto verdosa, iba recreándose con orgullo en la estampa de su mozo, esponjándose de gusto cuando alguna vecina le alababa, y mirando á las mozuelas como si las quisiera decir con los ojos: «¡*Mirai, mirai*, tontonas: eso es gloria!»

Se llegó *Chinarro* al corro en que estaban *el Viesgo* y *Sebastián*, y con un «buenos días tengáis *tos*», saludó á la concurrencia, que le contestó de semejante modo.

—¿Vienes de *Corpus*? ¡*Coiles*! ¿Vaya unas majencias!

—Ahí verás tú, *Colás*. El que lo tiene,—lo gasta, contestó *Chinarro* en són de burla.

—Ya se ve que sí..., y yo me alegre. Sobre *to*, si largas un cigarrillo.

—No hay *degún comeniente*—respondió, sacando el librito de papel y la petaca y alargándolos á *Coldás*—*Tomar y fumai tos* de ella.

—¡Vaya si estás rumboso!

—Un día es un día, ¡*cois*! Y que ya *sus* habrá dicho *el Viesgo* que *vos* pago hoy la cántara.

—Sí, *endenantes* se lo dije á los que no *vide* anoche en la taberna.

—Pues *vusotros* diréis á quién he de dar la cuenta.

—A *cualesquiera*. Dásela al *Eugenio* y al *Viesgo*—dijo uno del corro.

—Eso es lo *mesmo*—respondieron los nombrados.

—Como *quedráis*.

—Pues á éstos—asintieron los restantes.

Metió *Chinarro* la mano entre la faja y extrajo de su

fondo un largo bolsillo verde, heredado, como el chaleco, de su padre adoptivo; descorrió la anilla dorada que cerraba uno de los cogujones, le inclinó, y por la larga abertura salieron las monedas de cobre. Contó veinticuatro *perras gordas* y se las entregó á los designados.

Las contaron éstos con cuidado, y, seguidos de todos los del corro, y llamando á los de otros, se fueron á la taberna, pagaron la cántara, sacó el *tío Frasco* una jarra de á media; llena del vino pagado, bebieron todos, invitados por *Chinarro*, que bebió el primero, y de este modo quedó Juan de la Cruz, alias *Chinarro*, armado caballero de la mocería de Fuentes de Béjar.

—¡Que están *dejando*!—avisó un mozuelo que oyó el toque del campanillo de la iglesia.

Salieron todos apresurados de la taberna, corriendo hacia la parroquia, subieron en tropel las escaleras del corro cuando ya el señor cura, con alba, estola y sin casulla, empezaba el *Asperges* abajo de la escalinata del presbiterio.

La misa fué solemne y larga.

La cantaron los mozos en orfeón, y *Chinarro* lució su voz clara y extensa, y tuvieron que oír las *fermatas* que hizo en el *Incarnatus* del *Credo*.

Repleto el templo de fieles; encendidas todas las hachas, cirios y velas, colocadas en hacheros, delante de las familias más pudientes, y la cerilla devanada en pequeñas tablas, delante de las más modestas, elevóse la temperatura de tal modo, que la gente sudaba a chorros, y subía hasta la bóve-

da del templo una nube de humo blanquecino y oloroso que apenas dejaba distinguir al señor cura cuando, despojado de manipulo y casulla, subió al púlpito para platicar de la Asunción de la Virgen tres cuartos de hora bien corridos.

Más de las once eran cuando terminó la misa, y cerca de la media cuando salieron las mujeres, después de rezados los remposos.

Así es que á los mozos apenas les quedó tiempo, después de ver salir á las mozas, más que para jugar un partido de pelota y apurar casi la mitad de la cántara, antes de que el sacristán repicara á mediodía, á cuyo toque se desperdigaron en busca de la *machorra*, que por ser aquel día de fiesta grande no faltaba ni en la puchera más pobre.

Poco debieron tardar los mozos en engullirla, y corta debió de ser la siesta de la gente grave, á juzgar por lo pronto que los primeros empezaron á jugar á la *calva* á la sombra de las casas y lo temprano que los segundos emprendieron el juego de la *briesca* sentados bajo los copudos olmos de la plaza, á la puerta del *tlo Quico*, tabernero y estanquero, trasegando jarras de tinto, mientras se guiñaban un ojo, ó sacaban la lengua, miraban al cielo, torcían la boca, estiraban los morros ó encogían los hombros para hacerse las señas de los naipes robados, y tiraban con fuerza las mugrientas y abarquilladas cartas, dando con los nudillos en la mesa cuando la *juegada* era importante ó decisiva.

Llegada la hora de la merienda, los mozos se disemi-

naron en pandillas para dar cuenta de los condumios comprados á escote, y los de la brisca suspendieron el juego para entrar en la sala del estanco, en donde humeaba el grasiento guisote de borrego, cargado de pimentón y de guindilla, que comieron aquellos hombres con deleite, dejando el suelo lleno de huesos bien rebañados y remojando las tajadas con tragos del de Hervás, que en jarra de Talavera les servía el señor *Quitco*.

En la explanada, frente á la botica, había empezado el tío Pedro á golpear el tamboril, y por las bocacalles de la plaza acudían en grupos las mozas, cogidas de las manos, luciendo los *guapos* que se guardaban en el fondo de las arcas entre olorosas manzanas, de cuyo aroma estaban impregnados los pañuelos y vestidos.

Entretanto los mozos, entusiasmados con la cuchipanda, oían con indiferencia los trinos de la gaita sin acudir á su llamada, lo que hacía consumirse á las chicas de impaciencia, poniéndose, por fin, las más aficionadas á bailar las unas con las otras.

No era *Chinarro* de los indiferentes, y rondaba hacía rato por el lugar del baile.

La Remedios no había venido todavía, á pesar de que hacía ya rato que la Josefa, la Gregoria, la Sabina y las otras de su pandilla estaban en la plaza.

¡Tendría que ver que no acudiese aquella tarde, cuando él hacía más de dos meses que la estaba esperando con ansia y se había pasado toda aquella mañana aco- piando valor para atreverse á bailarla y decirla todas las

cosas que tenía bien pensadas y aprendidas de memoria!
¡*Cois*, si tendría que ver!

No duraron mucho sus temores; porque una de las veces que en sus atisbos por las bocacalles de la plaza fué á sentarse en el poyo de la botica, la vió asomar por la esquina de la casa nueva.

¡Y cómo llenaba la calle la presumida con su andar jacarandoso! ¡Con qué garbo lucía el vestido de lanilla color de tabaco y el pañuelo blanco de talle, con flores encarnadas, que, cruzado por su pecho, iba á añudarse á los riñones, y el de cabeza, color de rosa, que, atado á su garganta, caía por la espalda, y el collar de gruesas cuentas de acaramelado vidrio y las largas arracadas de similor fino que fueron de su madre!

¡Y cómo relumbraban sus cabellos de oro con el sol de la plazuela, y cómo resaltaba su cara de alabastro de los morenos y tostados de las sus amigas!

Extasiado se quedó *Chinarro* mirando aquel prodigio, y le faltaron los ánimos para acercarse á ella y pedirle el baile deseado.

Por dos veces lo intentó y otras tantas hubo de dejarlo, rehilándole las piernas como si tuvieran azogue.

Y, claro, sucedió lo que había de suceder. Que mientras él andaba en temblinas y cortedades, Blas, el del *tío Romo*, se llegó á la Remedios y la sacó á bailar, quedándose *Chinarro* echándose pestes y renegando de su maldecida cobardía, que era con lo que pegaba siempre en casos tales.

Acabó por fin aquella tocata y se volvió Remedios con sus amigas, sentándose en el pretil de la plaza. La Sabina miró á *Chinarro* con burlona sonrisa en cuanto le vió aparecer otra vez en la plazuela, lo que encendió en *Chinarro* la vergüenza y el coraje, y como volvió á sonar de nuevo la gaita y vió á *Colás* mirar hacia donde estaba la Remedios, casi sin darse cuenta y de dos saltos se plantó delante de la moza y la pidió aquel baile, que ella le concedió, levantándose sin decir ni una palabra.

Mal le salió á *Chinarro* la bailada. La osadía que le hizo llegarse á la muchacha, se le acabó de repente y estuvo torpísimo bailando. Así es que cuando, acabada la copla, paró la gaita y descansaron las parejas, se encontró tan azorado, que aquellas cosas tan pensadas que tenía, se le olvidaron por completo, y sólo acertó á decirle, después de muchas vueltas, carraspeos y atosigos:

—Tarde *veniste*, Remedios.

—No mucho. El rato de aviarme.

—*Pos á mí se me enfiguró* que había *pasao* media tarde...

Y nada..., ni una palabra más.

Aquello era azorante.

Por fin volvió á sonar la gaita.

El baile estaba entonces en todo su auge. Los mozos más rezagados habían entrado ya en la plaza, y se tromeaban las parejas en fuerza de ser tantas.

El tío Pedro, movía con ligereza los dedos de la mano izquierda para tapar y descubrir los agujeros de la gaita,

mientras golpeaba con la derecha el parche del tamboril, cambiándose de sitio á cada instante, para pasar entre las parejas y recoger, dejando el toque del tamboril, la *perrilla* que como estipendio convenido, habían de darle los mozos que entraban en el corro.

El estribillo de la jota animó á los bailarines, que comenzaron á brincar y dar cabriolas, saliendo á relucir las castañuelas, repicoteadas por las manos de los hombres, que levantaban sobre sus cabezas. Gritaban ¡olé! los enardecidos mozos al fin de cada vuelta, y una nube de polvo envolvió á los que danzaban, esfumándolos como neblina del otoño.

Chinarro, contagiado con los otros, perdió la cortedad y trenzó las piernas con garboso arte, brincó de firme y repicoteó con gracia las tableteantes castañuelas.

Remedios, que no le iba á la zaga en aquello de bailar bien y con garbo, sintió picado su amor propio al ver á su pareja, y ¡aquello sí que fué canela fina!

¡Qué castañeteo de dedos! ¡Qué enarqurear y revolver de brazos! ¡Qué cimbreo de cintura y qué revolotear el de sus faldas!

La agitación del baile hermozeaba su rostro, enrojeciendo sus mejillas, coloreando sus labios y animando sus ojos, que miraban brillantes á *Chinarro* en las vueltas y mudanzas, trastornando por completo al enamorado mancebo.

Guapo de veras estaba él también, con el rostro encendido y reluciente de sudor, y los negros ojazos chispeantes, caído por la frente el rizo negro de su pelo y moviendo el cuerpo con gracia y desenvuelto.

Las mujeres casadas llevando á sus *críos* en los brazos, las viejas bullangueras y los hombres aficionados á la danza, que sentados en el largo pretil de la plazuela contemplaban el baile, se levantaron, acercándose para verles mejor y más de cerca; los otros bailarines se apartaron haciéndoles un cerco, y eran de ver los entusiasmos y las jaleaduras de los hombres para la Remedios y de las mujeres para con *Chinarro*, y el de todos ellos para la gabor-sísima pareja.

Al concluir la jota conservó *Chinarro* entre la suya la mano de Remedios, que tenía cogida para hacerla dar la vuelta por debajo de su brazo, y algo debió decirle muy de quedo y muy cerquita, que no debió de disgustar á la mozueta, porque le miró como ella no acostumbraba, y le dijo temblándole los labios:

—Gracias, Juan... ¡Cabalito!... Vamos, suelta y no seas bobo.

Y desprendiendo la mano, se fué corriendo adonde estaban sus amigas, y le volvió á mirar desde allí de tal manera, que á *Chinarro* se le figuró que el cielo empezaba en la plazuela aquella tarde.

Compró el mozo unos melocotones al serrano que estaba vendiéndolos á la puerta del estanco, y se los llevó obsequioso á la Remedios y á sus compañeras, que los aceptaron sin remilgos, pagándole la fineza con estrecharse en el asiento y dejarle un hueco, en el que se sentó al lado de Remedios.

Tres veces más bailó con ella, intercaladas con dos

que bailó con la Sabina y una con la Josefa, y cuando, ya anochecido, el tío Pedro, quitándose la gaita de la boca, empezó á golpear el tamboril en seco, y salió de la plaza camino de la calle de la Iglesia, las mozas le siguieron por grupos, cogidas de bracete, y *Chinarro* quedó en medio de la plaza, lamentando lo efímero de las dichas mundanales y lo breve de las horas venturosas.

Y si no se daba estas razones filosóficas, por lo menos renegaba del tío Pedro, que se había marchado más pronto que otras tardes y le había dejado con la miel en los labios.

Cuando allá al filo de media noche la mocerfa, harta de rondar por plazas y por calles, se retiraba hacia sus casas, *Chinarro*, al confrontar con la del tío *Quico*, lanzó con fuerza un prolongado *jijeo* que, saltando el bardal de la corraleja y filtrándose por las rendijas de la puerta, subió por la escalera del sobrado y se coló en el cuarto de la izquierda, llegando, en son de recuerdo y despedida, á los oídos de la mal dormida Remendios.

Al menos con esa intención fué lanzado aquél desde la calle, y en esa confianza se durmió *Chinarro* la noche de aquel día.





La espina de Juan de la Cruz

La casa de *la Frasca* había cambiado por completo, desde que *Chinarro* se fué con Roque el de la Marta á la siega de Extremadura.

Aquel mismo verano, después de las fiestas de la Virgen, se ajustó su hijo con el *tío Perujo* para ayudarle en la trilla y hacerle después la sementera en el otoño. Sacó buenos jornales el mozo en la cava de las viñas, y volvió á otro verano con *tío Roque* en lugar del *Tuerto*, ganando su porqué lo mismo que los otros.

Un año se quedó sin bajar á Extremadura porque le tomó de mulero el Secretario, y se granjeó buenas *perras* al siguiente en la tala de un monte y muy buenos jornales en el cambio de traviesas en la vía.

Con todo esto, y como *Chinarro*, además de trabajador, no era gastoso y *la Frasca* era ordenada y ahorrativa, resultó que se pudo echar una chapuza á aquella casa,

comprando una cama al capataz de la vía cuando se fué trasladado, y un jergón nuevo, que se llenó de paja de centeno, y unas sillas de pino con asiento de enea, y ha-tearse un poquillo de camisa y calzones el *Chinarro*, y de zagalejo, medias y hasta de mantilla de estameña la Francisca, quedando unos cuartejos para mercar un huertecillo tamaño como un moquero de hierbas, pero en el que se podía sembrar alubias, pimientos y tomates para el gasto, y plantar algunas coles, con cuyos desperdicios y las patatas que sacaba *Frasca* del rebusco, se engordaba un marrano (con perdón), que se compraba lechoncillo en la feria de Guijuelo, quedando todavía un rinconcito para hacer un acirate y sembrar perejil y albahaca y plantar un rosal, dos clavellinas y un geranio.

De modo que la cosa no podía ir mejor para la viuda del *Mellao* y para el incluserillo de Salamanca.

Lo que no iba tan *boyante* era lo *respective* á la Remedios.

En los cuatro años y pico transcurridos desde el día de la Virgen de Agosto, aquel en que bailó *Chinarro* por primera vez con ella, poco ó nada había adelantado el asunto.

La Remedios, que en aquellos años había acrecentado su hermosura, acentuándose las curvas de su busto, afir-mándose su señoril empaque y perfeccionándose las líneas de su rostro, aunque marcándose más insistente aquella seriedad respetuosa que cortaba los atrevimientos del poco osado *Chinarro*, seguía adueñada de las potencias del alma

del mancebo, que ni veía, ni entendía, ni ocupaba su pensamiento más que la hermosísima hija del *tío Quico*.

La verdad es que muchas veces sacaba de sus casillas al pacienzudo mozo el proceder versátil de la chica, que si a ratos estaba con él tan expresiva como al acabar aquel baile de marras, otras, y eran las más, mostrábase desdenosa y displicente.

Y á él, que en estas cosas se ahogaba en chico charco, se le cortaba el revesino y ya estaba por una temporada tristón y alicaído, sin atreverse ni aun á dirigirla la palabra.

Y el caso era, que la mayor parte de las veces coincidían estos desdenes y frialdades con la estancia de Vicente en el pueblo.

Vicente era la espina de *Chinarro*.

Era Vicente hijo del señor Lope, el lanero, en cuya casa estaba de criado el *tío Quico* desde que volvió de la guardería de Villavieja.

A casa del señor Lope iban la Remedios y su madre, la tía María Antonia, para ayudar á la señora Casilda, la esposa del lanero, en los jalbiegos que se hacían en la casa, coincidiendo con las tómporas del año, en la matanza, arreglando los mondongos, embuchando chorizos y cocinando las morcillas de cebolla, y en la época de la trilla para hacer los menesteres encargados á las mujeres en las eras, como barrer la parva, acribar los asientos de los granos y aliñar la comida á los gañanes, sin contar con la vendimia y el amasijo del pan cuando las prisas no dejaban hacerlo á la moza de la casa.

A todo esto, había que añadir que Remedios, que sabía hacer primores en calados y puntillas, la tenía ocupada muchas veces la *señá* Casilda como costurera en ropa blanca.

Con esto queda dicho que la mayor parte del año se lo pasaban madre é hija en casa del lanero.

Vicente, el hijo del tío Lope, era buen mozo y pinturero. Vestía con majeza un chaquetón de felpa negra, ribeteado con trenza de alpaca y con cierres de agremanes; chaleco de lo mismo, faja fina de lana, pantalón de *tricot* y botas claras de dónbola. Llevaba al cuello pañuelo de seda de cuadros escoceses y tenía la manía de cubrirse con las gorras más llamativas en forma y en colores que fabricaban los gorreros.

Esto y una capa madrileña con embozos de terciopelo color guinda y contraembozos verdes de lo mismo, completaban su indumentaria del invierno.

En el verano, para las faenas campesinas pantalón de pana con vueltas encarnadas, alpargatas guipuzcoanas y una guayabera de dril que se trajo en uno de sus viajes á Sevilla.

A Vicente le tenía ocupado su padre en la compra de las lanas, y la mayor parte del año estaba fuera del pueblo, pasando grandes temporadas en Portugal, viajando por ambas Castillas, bajando á Extremadura y alargándose alguna vez á Andalucía, si bien entonces era á vender *chacina* más bien que á su negocio de las lanas.

El tiempo que pasaba en Fuentes, como era bullan-

guero y rumboso, traía revueltos á los mozos, se acentuaban las travesuras en las trasnochadas, que muchas veces pasaban de la raya, y se conocía cuando él estaba, por el sesgo molesto y aun dañino que las daba siempre.

Era el único competidor serio que tenía *Chinarro* en la lucha, más que por la fuerza, por su habilidad en «echar la llave» y armar la zancadilla. Y en rayar con el palo casi le aventajaba.

Puede decirse que Vicente sólo bailaba con la Remedios, porque no era muy aficionado ni diestro en la jota y demás bailes sueltos, acostumbrado como estaba á los chulescos. Pero con la hija del *tio Quico* tenía preferencias bien notadas y que hacían mover más de la cuenta la lengua de muchas y aun de algunos, que llegaron á formar montes y morenas por unos pendientes de oro que en el último viaje que hizo á Córdoba le trajo á la muchacha.

Pero á nosotros nos consta, como constaba á *Chinarro*, que aquéllos, si bien los había traído Vicente, fué por encargo de su madre, con los que quiso obsequiar á la moza en pago de unos juegos de cama que le había bordado y á los que no quisieron poner precio la Remedios ni la señora María Antonia.

Estos runrunes y murmuraciones no hacían mella en el honrado pecho de *Chinarro*. Lo que sí la hacían, y muy grande, eran las asiduidades de Vicente y las complacencias que él notaba en la Remedios.

Y muy honda se la hizo aquella vez que vió á la pareja

terminar de bailar y hablarle él á ella muy bajito, muy despacio y muy cerca de la cara, y á ella escucharle agachada la cabeza, resobando los largos ataderos del mandil y mirando á la tierra, sonriente la boca, y como si las palabras de Vicente fueran malvasía que cayera gota á gota, saboreándola ella despacito y guluzmera.

Aquello sí que le hizo mella. Y bien lo rumiaba él á solas en la senara y lo gimoteaba en el silencio de la noche sobre la revuelta cama, dando suspiros retumbantes, que aliviaban el oprimido pecho.

Aquello sí que le estuvo *hiciendo* mella hasta aquel día de la boda del hijo del tío Asensio, cuando *dimpués* de probar todos los mozos á llevar el costal con el grano de la ofrenda, con seis fanegas de trigo sin rasero, tuvieron que dejarle todos por imposible, y le levantó él solo y le llevó en una volandada hasta la puerta de la botica, alzado más de seis dedos del suelo, y se llegó *ella*, la Remedios, según llevaba el costal, *pa limpie* el sudor con su moquero, y se sentó *dimpués* á la su vera para *haable* como ella le hablaba cuando quería *entontecete*.

¡Y eso que estaba allí el Vicente!

¡*Cois* y cómo se le ensanchó entonces el pecho y se le llenó el alma de alegría!

¡Y cómo aventó la zalamera con su vocecilla mimosa los pasados resquemores del encelado mozo!

Y así se pasaron los meses, y aun los años, sin atreverse á decir á la chica sus afanes, con las mil alternativas de aquella mujer extraña y voltaria.

A Vicente, como era natural, no le tragaba, y durante las estancias de éste en el pueblo, andaba él malhumorado y receloso. Pero de esto á tenerle mala voluntad, como decían algunos en el pueblo, había mucha diferencia.

Así es que aquello de los golpes que se dieron, y que corrió por Fuentes que había sido por rivalidades amorosas, no era cierto. La cosa fué por motivo muy distinto.

Hay en Fuentes de Béjar, ó había por aquella época, la costumbre de que, cuando se sabía de algún vecino que andaba en malos pasos y llegaba á conocerse el sitio adonde iban dirigidos, ó simplemente cuando había sospechas de ello ó cuando calumniosamente alguien quería causar daño á su enemigo, vertían, los que trataban de propalar la hazaña, amparándose en la impunidad de la noche, un reguero de paja desde la casa del amante á la casa de la amada, con lo que, al clarear del día, quedaba pregonada la falta y conseguido el escándalo buscado.

A este ignominioso reguero, denominaban en el pueblo el *carril de paja*.

Pues sucedió que una noche en que estaba Vicente con los mozos en la taberna, y entre ellos el *Chinarro*, después de haber rondado mucho y sobre todo de haber bebido de lo lindo, propuso Vicente, con su mala intención de siempre, que fuesen á poner un carril de paja al cura y á la sacristana.

—Eso no—dijo *Chinarro*;— vamos á *divertinos*, pero sin faltar á *naide*

—¿Por qué?

—Porque es una *maldá*, Vicente.

—¡Pues no eres tú nadie defendiendo pleitos ajenos!

—Defiendo lo que debo defender. Al señor cura tenemos *tos* que *respetale*.

—Pero ¿es que tú no crees lo del cura y la sacristana?

—Eso es una mentira y una *calunia*, Vicente y tú lo sabes lo *mesmo* que yo.

—Pues mira *Chinarro*, si éstos me acompañan le echamos, y tú, si quieres, vienes, y sino te quedas. Conque, ¿quién se viene?

—¡*Naide!* He dicho yo que no se echa, ¡eal!

—Pero ¿es que te las vas á dar ahora de guapo?

—Yo no me las doy de *na*, Vicente, pero no me da la gana de que se hagan cosas que no deben *hacese*. Sobre *to*, estando yo delante.

—Pues te vas á acostar, y en paz.

—Será si yo quiero.

—O si se me pone á mí en la *jeta*. ¡Ea, ya te estás apartando!

—No me da la gana.

—Pues te apartaré yo.

No había Vicente tocado aún el brazo de *Chinarro* para separarle de la puerta, cuando la manaza de éste cayó sobre la cara del hijo del tío Lope, haciéndole dar de espaldas contra la pared frontera.

Repúsose al momento, y levantando el palo que llevaba, sacudió un golpe á *Chinarro*, que le alcanzó de refilón en un hombro. Enarboló éste una silla, y mal lo hubiera

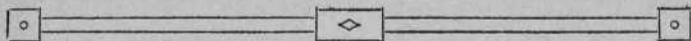
pasado el de las lanas si varios mozos y el tabernero no le hubiesen sujetado los brazos.

Algunos de los concurrentes se llevaron á Vicente fuera de la taberna, y lo mismo hicieron con *Chinarro*, *Coldás*, *el Viesgo* y el hijo del *tío Romo*.

El lance no tuvo consecuencias.

Al otro día de sucedido, se fué Vicente de viaje, y cuando volvió, algunos meses después, *Chinarro* le había olvidado y el hijo del tío Lope no se dió por entendido y continuaron los dos rondando juntos, sin que pudiera notarse en ellos rencores, y mucho menos sin que hubiese entre los dos la menor sombra de pendencia.





Al claro de la luna

Así estaban las cosas cuando la antevíspera de San Juan, ya bien obscurecido, salió *Chinarro* á la puerta de su casa.

La noche estaba clara y una suave brisa que olía á tierra húmeda, arrastraba frescuras de los huertos recién regados.

La blanquecina luz de la luna, después de arrojar en medio de la calle las zigzagueantes sombras de las casas desiguales, se esfumaba en el horizonte, siluetando los árboles de los altozanos próximos.

Cuando asomó *Chinarro* á la portalada, hacía poco rato que estaba la Remedios sentada en el poyo de su puerta, retrepada contra la pared desclichada de la corraleja, sumida en el inconsciente vagar del pensamiento y mirando distraída el indeciso azul del cielo, que se desleía en las brillantes claridades de la luna.

—Buenas noches, Remedios. ¿Qué se hace?—preguntó saludando Juan de la Cruz.

--Pues ya lo ves. Se puede decir que *na*. Tomar la fresca y mirar al cielo. ¿Y tú?

--Lo *mesmo*, *cuasi*, Buscar la fresca y mirar ahora al cielo, que es el que tienes tú en la tu cara.

--¿*Pos* no sales tú poco fuerte! ¿Has *dlo* hoy á mercar requiebros al Guijuelo?

--*Na* de eso, Remedios. Cabalmente he *estao to* el día sin salir de casa, *arrecadando* las cosas *pa* cuando me *vaiga esotro* día.

--¿Que te vas? ¿*A onde*? Si no es *escusá* la pregunta.

--A la Extremadura.

--¿*Pos* no dijistes el día de San Antonio que no segabas *ogaño*?

--Sí lo dije. Pero es que *antier* noche se *golvió el Rana* con calenturas y me *trujo* encargo del tío Roque de que fuese á *ayudale* en un destajo que tiene de compromiso. Y como, al fin, le está uno *agradecio*, pues por eso voy. ¿Comprendes?

--Sí, y está muy puesto en razón.

--Además, me trae el encargo de que si yo no tengo *dengún* inconveniente, pues podíamos tomar uno grande en *Malpartía*, que nos dejaría muy buenas *perras*, y que no nos duraría más que *diquid* á la Virgen. Pero el *acetar* *ú* no *acetar* este último depende de tí.

--¿De mí? No te comprendo.

--Pues lo vas á comprender *desegua*, si tú me das licencia *pa decilo*.

--Por mí, dí lo que quieras.

—Pero antes desearía que tú me respondieras a una pregunta que tengo que *hacete*, si tú me lo *premites*.

—Dila.

—¿Ties tú algo que ver con el Vicente?

Como si un ciento de alfileres se hubieran clavado en su cuerpo, se enderezó de golpe la muchacha, y poniendo en sus ojos la dureza que tanto acobardaba á *Chinarro*, le interrogó con ira:

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Perdona si te he *ofendio*. Remedios, que no ha *sto* esa mi intención. ¡Por éstas! Hice la pregunta porque para poder *decite* lo que yo quería, *nesecitaba* antes saber si tú estabas *ú* no estabas *comprometia* con él, ¿me entiendes?

—Sí, te entiendo. Pero como estoy harta de runrunes que ya me van *pusiendo asina* la cabeza, por eso quería saber el por qué de la pregunta.

—Y si yo hubiera *sabio* que te atormentaba el *escuchala*, me habría hecho añicos la lengua antes de *hacela*, Remedios, *pues creeme*.

—Si lo creo. Y ya te dije el porqué del incomodo... Pues no tengo con él *dengún* compromiso, Juan. Además ¿no comprendes tú que soy yo *mu* poca cosa *pa* que él me hable?

—Eso no, Remedios, *¡coits!*, que ni el Rey de las Españas se *abajaría* si viniese á *hablate*; que eso y más te mereces.

—Gracias *Chinarro*—contestó la moza, sonriendo agra-



decida y burlona.—Pero... sea como sea, ni él me ha *parlao* una palabra, ni sé cómo te se ha *ocurrido* esa pregunta, cuando todo el mundo sabe que sus padres tienen *apalabrado* la su boda con su prima la del Guijo.

—Yo estaba *inorante* de ello, *pues créeme*. Y no sabes tú la espina que acabas de *arrancame* con la noticia. Y ahora, si no te has *incomodao*, Remedios, voy á seguir lo que *endenantes* comencé á decirte.

—Puedes hablar, *Chinarro*. Ya se pasó todo.

—*Pos* verás. Tú sabes que no he *tenido* en el mundo más arrimo que el de aquel hombre que hace años está mordiendo la tierra, ni más calor que el de esa *probe* vieja que allá *drento* está, peleando con la *hestérica* y el agua *hilao*, y que, gracias á ellos, he *tenido dende* chico una madre que me limpiara de cáncanos y me enseñara á rezar el *Bendito*.

—Bien; pero ¿á que viene eso y que tiene que ver con lo de la siega?

—Esto viene á lo que viene, Remedios, porque *toas* las cosas tienen su *conque* y es de ley que tú las sepas, ya que Dios me ha *dao* esta noche ánimos *pa decitelas* y *pa* que te des razón de lo que tú has *sido pa* mí *acomparao* con las mis *gentes*, y puedas *hacete* cargo de lo que esto *tié* que ver con el aquél de la siega, ¿me comprendes?

—¡Como no te expliques más...

—A eso voy. Mira, en resumidas cuentas, que *dende* hace ya un cerro de meses anda la mi madre con el ansia de que tengo que *casame*, de que *asina* no se está bien, de

que ella está muy *casca* y puede hincar el pico el mejor día, y que quiere *dejame* en la mi casa; y yo, que he *llegao á convenceme* de que *tié* mucha razón, pues por eso es el *hablate* así esta noche, ya que se me ha *destrabao* la lengua, y ahí está el porqué; si tú *acetas*, pues me *güelvo pa* la Virgen con los cuartos *ajorraos*, y antes que *esco- mienze* la sementera nos *casemos*. Si no *acetas*, pues le ayudo en el compromiso y me *güelvo deseguita*, porque *pa na nesequito* ya los atosigos... Y tú dirás ahora.

—Mira, *Chinarro*, estas cosas son para *pensalas*.

—¿Y en cuatro años no te ha *vagao*, Remedios?

—¡To! ¿Y yo que sabía? Tú *na* me parlastes de ello.

—*Midá* tú lo que son las cosas. ¡Y yo que creí que había dicho *maseao!*.... Pues contesta ahora.

—Deja que lo piense. Cuando *güelvas* te daré la contestación.

—¡Pero si *pa* saber cuándo *hi* de *golver nesequito* el sí ú el no!

—¡Remedioooo!—voceó la tía María Antonia desde dentro.

—¡Señoraaa!—respondió la moza.

—Entra, que ya es tarde. Ven á poner la cena, que el tu padre tiene sueño.

—Ya ves, *Chinarro*, me llaman... Adios.

—Pero, oye..., no me dices....

—¡Qué cosas tienes!...

—Contéstame, mujer.

—Ahora no. Cuando *güelvas*.

—¡Y dale! Pero si *pa* eso lo *nesequito*. ¡*Cois!* ¿Cuándo *güelvo*?

—*Güelve pa* la Virgen—le contestó ella, envolviéndole en una mirada llena de esperanzas, que acabó de volver loco al enamorado mozo.

—¡Dios te lo pague, Remedios de mi alma!—exclamaba *Chinarro* tratando de cogerla una mano, que ella esquivaba zalamera, mientras cerraba la puerta muy despacio, sonriéndole y diciéndole mimosa:

—Hasta mañana, Juan.

—¿De *verdá* hasta mañana?

—Sí... Vete... Adios.

—¡Bendita seas!

.

Aun quedó el mozo largo rato delante de la cerrada puerta, saboreando las mieles que Remedios había vertido con sus últimas palabras en lo más profundo de su alma, sin atreverse á mover de aquel sitio, temeroso de que se rompiera el encanto.

La voz de su madre, que le llamaba para cenar, le sacó de su arrobamiento, y reventando de gozo entró en su casa, cuando ya *la Frasca* volcaba en la hortera de palo el contenido del panzudo puchero y la llevaba á la menuda mesa, que cubierta con toscó mantelillo blanco, esperaba junto á la puerta de la cocina, alumbrada por la claridad de la luna.

Bendecida la mesa por *la tía Frasca* y cortadas las rebanadas de pan por el *Chinarro*, hundieron las cucharas

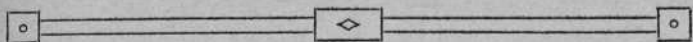
de peltre en la escudilla y comenzaron con buen apetito á comer el humeante guiso de patatas estrujadas.

Mientras comían, y después de carraspearlo mucho y remojarlo con el tinto, abordó Juan el asunto que le preocupaba, viniendo á decir á la tía *Frasca* que acababa de parlárselo á la Remedios, que ella le había dicho que *golviase pa* la Virgen, y que cuando rematasen los destajos de la siega, sería cosa de *dir* pensando en preparar lo de la boda, *pa* casarse después del verano, si ella no tenía *comeniente*; á lo que contestó su madre:

—Ya sabes que ese era mi deseo, y me das por la *metá* del gusto, aunque á decirte, mi *verdá*, con otra que gastase menos *arlequines* hubiera yo *deseao* que cayeras. Pero la mía que no valga, ni lo tomes en mal *sentio*, ni lo achagues á mala querencia. *Dimpués* de *to*, ella es *aseá* como el oro y mujer de su casa como cualquiera, y la su casta es buena. *Asina*, hijo, que Dios *vos* dé su bendición, como yo *vos* he de dar la mía.

Terminada la cena y sin esperar á que su madre fregara los cacharros, subió Juan al doblado, que es donde tenía la cama, y se acostó, durmiéndose arrullado por los dulcísimos recuerdos de aquel día y por las halagadoras promesas del siguiente.





:: La ::

Sanjuanada

Que se cumplieron venturosas, porque al volver de la senara al toque del mediodía, quiso la suerte que se encontrara con Remedios, que iba á llevar á su padre la comida, y se fué con ella hasta cerca del majuelo, asegurado lo que la noche antes había quedado en esperanzas para la Virgen de Agosto.

Algo nubló la alegría de *Chinarro* el encuentro que tuvo por la tarde cuando iba para el huerto. Montado en su andadora mula de paso, venía Vicente por el camino del Guijuelo, de regreso de una de sus expediciones.

Y á pesar de lo que la moza le había dicho la noche antes, y de lo que él mismo se había dicho también muchas veces y se repetía en aquel momento, la llegada del lanero á Fuentes le produjo inquietudes y recelos que él trataba de desechar pensando en las palabras de Remedios.

Antes de llegar á su huerto entró en el del tío Roque,

y cortó una rama de laurel, que se llevó y puso en el acirate, mientras encañaba unas alubias tempraneras; y cuando terminó la faena, cerca ya de anochecido, sacó un bramante de la faltriquera, cortó los capullos y las rosas que tenía el *jardinito* de su madre, y poniendo toda su atención en ello, hizo con sus desmañadas manos un florido tirso con la rama de laurel, y se le llevó á su casa cuando cerró la noche, yendo por los sitios más solitarios para que no pudiera verle nadie.

Y cuando después de haber rondado las calles, acompañado de toda la mocería, cantando los verbenas y poniendo las enramadas, entró en su casa bien doblada ya la noche, recogió la florida rama de laurel que tenía guardada en su cuarto, trepó por los troncones de la leñera, y cabalgando por la albardilla del muro medianero de ambas casas, llegó al sitio desde donde pudo alcanzar á la ventana de Remedios, y en ella colocó la vistosa enramada.

.
Aun no había salido el sol de la mañana de San Juan, ese sol con cuyo resplandor se ve la imagen del ausente á través del huevo sumergido en agua á punto de las doce, y que presta virtud medicinal á los bálsamos puestos al sereno aquella noche, cuando ya iba *Chinarro* con su hato al hombro, carretera adelante, camino de la tierra baja.

Si al caer de aquella tarde hubiese podido ver el baile de la plaza y la pareja que bailaba á la Remedios, y de dónde había salido el capullo de rosa que mordisqueaba Vicente, ¡qué áspero y que penoso se le hubiera hecho

aquel camino que él iba haciendo corto y suave, desgranando en su pensamiento las promesas del día antes!

Por fortuna, no lo vió, y los valles se llenaron de sus cantares, que el eco repetía y multiplicaba en las gargantas de la sierra.





Un pañuelo de seda y un so- lemne batacazo

Aprovechando las noches de luna, apurando la luz de los anocheceres, adelantándose á la de las madrugadas, y cercenando á las siestas los ratos de descanso, pudieron terminarse los destajos en el tiempo prefijado; pero con todo y con eso, era ya la madrugada del 14 de Agosto cuando la cuadrilla del tío Roque recogió sus bártulos, marchando el manigero á casa del amo en busca de la cuenta, y había ya pasado el mediodía cuando llegaron aquellos hombres á la taberna de Plasencia, en la que se repartieron las ganancias.

Recibida la suya, salió *Chinarro* á comprar un pañuelo de seda azul celeste, que además del papel en que le había envuelto el comerciante, le lió él cuidadosamente en su moquero, colocándole en el mejor sitio de la alforja.

Mucho dudó si marcharse por la carretera con los

compañeros, ó si tomar el tren aquella tarde. Los veinticuatro reales y una *perra*, importe del billete, le hacían rumiarlo; pero al cabo el deseo de pasar el día de fiesta al lado de Remedios, y que pudiera estrenar el pañuelo que acababa de mercarla, pesó en su ánimo más que los dineros del billete, y dispidiéndose del tío Roque y la compañía... y de las seis pesetas, montó en el tren de las cinco de la tarde.

Apenas llegó al pueblo, alguien debió de avisar á Remedios, porque casi no había hecho él más que saludar á la *tía Frasca* y dejar las alforjas y el hatillo en la trascocina, cuando ya estaba carraspeando la muchacha en su corraleja; salió Juan á la puerta, y «pegaron la hebra» hasta que, ya bien tarde, regresó la tía María Antonia de las eras.

.....
La fiesta de la Virgen no se diferenció gran cosa de aquella otra en la que estrenó *Chinarro* cachava y terno nuevo.

Misa con sermón, guiso de *machorra*, juego de la *calva*, merienda por la tarde y baile por remate.

Pero bien la aprovechó nuestro hombre.

Apenas terminada la misa, y en cuanto los mozos emprendieron los partidos de pelota, él se escabulló bonitamente y se coló en la corraleja del tío *Quico*, aprovechando que se hallaba la Gregoria peinando á la Remedios en aquel á modo de atrio de losas muy regadas que delante del zaguán recibía la sombra de la casa.

Cuando llegó *Chinarro*, tenía la Remedios cubierto el rostro por el tupido velo de sus cabellos rubios, que caían sobre el halda en ondulosa cascada de oro, y que apartó en dos mitades con sus dedos para atisbar al visitante por aquel resquicio.

Invitóle la moza á que tomase asiento en el tronco de roble que servía de banco al lado de la puerta; hizolo así *Chinarro*, y comenzaron ese parloteo sin substancias que convierte en dichas las horas de la vida de mozos y de mozas.

Gregoria, añudado que hubo la mata de pelo de Remedios, dividió en dos porciones el que caía por delante, y se puso á trenzar en dos ramales el abundoso del rodete, al tiempo que Remedios pasaba el peine de madera por sus rizos, levantando y torciendo la cabeza con los tirones que ella misma se daba, mostrando al embobado mozo su blanquísima garganta, que surgía exuberante por el mal cerrado cuello del juboncillo de cretona.

Sentado él en el robusto leño, mordisqueaba distraído un tallo de albahaca que tenía entre los dientes, escupiendo los trocitos mascullados, mientras miraba embelesado, bebiendo por sus ojos aquellos otros garzos de la moza, sombreados por largas pestañas encorvadas; aquellos hoyuelos alargados que se undían en las mejillas al reirse, aquellas dobles rayas que cercaban el cuello regordete, y aquellos brazos blancos y redondos que dejaban descubiertos las arremangadas mangas ¡*Cois de cois* y que hartazo! ¡*Rediez* y que hermosura!

Cuando, terminada la faena del peinado, limpió la moza con sus dedos el peine de boj, y tiró á la aljofaina de peltre, haciéndolos un rebujo, los pelillos arrancados al peinarla, y se levantó del pequeño taburete, sacudiéndose el delantal con ambas manos, y se abajó las mangas de la chambra, salió Juan de la Cruz de su arrobo, y levantándose del banco, porque ya repicaban á las doce, se despidió de las mozas, saliendo de la corraleja lamereando en sus adentros las dulcedumbres de aquel rato.

.

Así pasó *Chinarro* la mañana de aquel día.

La tarde,... apenas el tío Pedro empezó sus tocatas, ya estaba nuestro hombre en la plaza de la botica, dejando la merienda casi sin probarla, y se pegó á la Remedios en cuanto ella asomó por el baile, empernejilada con todo lo más majo y luciendo el pañuelo de seda que él le había traído la noche antes.

¡Bien se puso de bailar con ella y de mosconearla en las orejas!

¡Y con qué embobamiento la miraba comerse á morcanditos los perillos que él la había mercado, y cascar las avellanas apoyando en la mano la quijada, torciendo la cabeza, arrugando la cara y guiñando un ojillo al apretarlas!

.

Poco dejaron descansar á *Chinarro*.

El tío Ambrosio, que necesitaba acabar de eras antes de la Virgen de Septiembre, para llevar á la feria de Sala-

manca los novillos que estaba cebando, tomó á Juan de la Cruz de agostero, y desde el día siguiente al de San Roque, ya estaba nuestro hombre en las eras del camino del Guijuelo, alcanzando los haces con la horca, tendiendo la parva, volviéndola amenudo con el bielgo, trillando algunos ratos, recogiendo la paja con el madero arrastrado por las juntas, aventando los montones cuando el aire venia favorable, midiendo el grano limpio y llevando los costales al hombro hasta los carros.

Con tan buen arrimo las hacinas iban desapareciendo como por encanto, y el postrero día de Agosto, no quedaba ya por trillar más que una parva, que tenían tendida, y dos montones no muy grandes sin limpiar.

Pero más prisa se dieron los del tío Lope, que, según runrunes, acababan aquel día y no muy tarde.

En las demás eras andaban muy tardíos, y aun se veían montones de gavillas, que daban el aspecto de poblado antillano al campo del ejido.

—¡Ambrosioooo!—voceó el tío Mateo desde su era.—El tío Lope te ha *ganao* la *partia*.

—Qué, ¿ya ha *rematao*?

Dende luego, porque asoma por el alto el su carro con bandera.

Se refería el tío Mateo á una costumbre que de antiguo se observaba en Fuentes de Béjar, y que era la siguiente: cuando se acababa la faena en una era, al conducir los últimos costales de grano á la panera, se ponía en uno de los varaes del carro un pañuelo á modo de bande-

ra, que acompañaban cantando y dando voces las mujeres y los mozos que estuvieron ocupados en la trilla.

Al pasar por otras eras, alguno de los mozos que no había concluido, pedía luchar la bandera, y entonces el conductor del carro ó cualquiera de los que le acompañaban, tenía el deber de defenderla.

Paraba el carro, luchaban los mozos, y si vencía el retador se arriaba aquélla, retirándose callados los del carro; pero si por el contrario, eran estos los vencedores, los cánticos se redoblaban, voceaban los hombres con más fuerza, y *jijeaban* los mozos victoriosos.

—¿No la luchas, *Chinarro*?—tornó á vocear el tío Mateo.

—No, no lucho—dijo *Chinarro* por lo bajo.

—Dice que no *tié* ganas de pelea—le contestó el tío Ambrosio en voz más alta.

—¿Cómo *asina*, *Chinarro*?

—No me *vaga*; tenemos que rematar la parva, y se nos va *haciendo* tarde.

—*Pa to* hay lugar, *Chinarro*, y no está bien que se pase el Vicente *de rositas*—objetóle *el Moreno* desde su parva.

—Pues lúchala tú, ¡*cois!*

—Tendría que ver que *hubiendo* mozos la fuese yo á luchar, que soy *casao*.

—¿La luchas, sí *ú* no?—porfió con empeño el tío Mateo.

—He dicho que no, ¡*ea!*

—Pues allá tú. ¡*Recoiles!*

El carro, á quien tapaban las hacinas de mies, no podía verse; pero se oían ya muy cerca los cantares de las mozas, el voceo de los hombres y el traqueteo de las ruedas al caer en los baches del camino.

—Ahí asoman ya—dijo el tío Ambrosio.

Se volvió *Chinarro* displicente para mirar al carro, y de repente se irguió cuan largo era, cubrió sus ojos con la mano, á modo de pantalla, tiró el bielgo á la parva, y de dos saltos plantóse en el camino, gritando en son de reto:

—¡Se lucha esa bandera!

Paró el carro de golpe, y Vicente saltó desde la zaga, contestando á *Chinarro*:

—¡Pues ya estamos andando!

Apenas las gentes de las eras se apercibieron del reto de *Chinarro* y de la respuesta de Vicente, dejaron sus quehaceres, soltando aquellos hombres los bielgos y las palas, y clavando las horcas en los haces, mientras los trilladores abandonaban las yuntas y se encaramaban en las hacinas para gritar á los que estaban más distantes, con ese afán que tienen los chiquillos de propalar lo extraordinario: «¡*Veney*, que va á hacer lucha!»

Los criados de Vicente y las mujeres de su era abandonaron también la carreta, que quedó sóla en medio del camino, rumiando los bueyes con ritmo acompasado.

Sólo quedó en el carro la Remedios, que, sentada en los costales, miraba ceñuda hacia las eras, y allá arriba, amarrado en lo alto del más largo varal, flameando al viento á modo de bandera, un pañuelo de seda azul celeste.

Mientras la gente se arremolinaba curiosa en la era del tío Ambrosio, despojábase Vicente del sombrero y de la chaquetilla de dril, que tiró sobre los haces, se descalzó de calcetines y alpargatas, y le dijo á *Chinarro*:

—¡Cuando quieras!

Y aquellos hombres, con las espaldas encorvadas, erguidas las cabezas y en flexión los musculos de los arremangados brazos, se miraron un momento. Abalanzáronse el uno sobre el otro, se abarcaron los cuerpos, forcejeando fatigosos, avanzando y retrocediendo, vacilando hasta parecer que iban á derrumbarse, y sujetándose con sus piernas despatarradas; resbalándose en los cantos de la era, ensuavecidos por el tamo, y afianzándose á los más salientes, con los dedos de sus pies descalzos, como si fuesen prensiles garras de milano. Movíanse sus bustos en forzado vaivén, anhelaban los pechos jadeantes, se juntaban los cuellos y los rostros, hinchábanse las venas reventonas, y el sudor chorreaba por sus mejillas, que se acardenalaban congestivas.

Los espectadores, emocionados, seguían los lances de la lucha con silencio de iglesia, y se les veía forcejear al igual que los luchadores, moviendo sus facciones al compás de aquellos hombres, y respirando entrecortados, como si realmente hiciesen ellos idénticos esfuerzos.

También seguía Remedios los lances de la era con febril ansiedad, pálida y temblona, asomando la cara potente entre las tortuosas estacas sujetas á los barandales de la carreta.

De pronto metió Vicente una de sus piernas por entre las de *Chinarro*, tratando de derribarle; vaciló Juan un momento; pero rehecho enseguida, pasó con ligereza su robusto brazo por la cintura del hijo del tío Lope, le levantó en volandas un instante, vaciló aquella masa humana, inclinándose hacia el lado del lanero, y cayó pesada y retumbosa sobre la recién molida parva del tío Ambrosio.

Un suspiro de desahogo salió de todos los pechos: trató Vicente de voltear á *Chinarro*, tendido como estaba; pero sojuzgado por la fuerza de aquel atleta, quedó tendido boca arriba, mientras Juan de la Cruz se levantaba jadeante, y corriendo hacia el carro de los bueyes, trepaba por los rayos de la rueda, arrancando con rabia el pañuelo que servía de bandera, y que arrugado tiró sobre el halda de Remedios, diciendo iracundo:

—Ese pañuelo le merqué yo para tí, no *pa* que sirviese á *naide* de bandera.

Entretanto se levantó Vicente livido de fatiga, de ira y de bochorno, sacudiéndose las pajas de la espalda. Se calzó á toda prisa, cogió la guayabera y el sombrero, arrancó con coraje la aguijada que tenía en la mano su boyero, y llegando á la carreta, dió dos pinchazos á las reses, que arrancaron de golpe, emprendiendo un lobero trotecillo.

Siguieronles en silencio las gentes del tío Lope, y, cosa jamás acostumbrada en aquel pueblo, tampoco los que habían presenciado la pelea armaron aquella vez jolgorio, y se marcharon á sus eras callados y tristonés, como si

aquel suceso, tan corriente y repetido, hubiese preocupado á todos aquellos hombres más de la cuenta.

.
A lo lejos se oía traquetear la carreta del lanero en los baches del camino y el lúgubre chirrido de sus ruedas, mal untadas.





La feria de Salamanca

El incidente del pañuelo trajo, como secuela y como resultado de una violenta escena habida entre Vicente y la Remedios, el radical alejamiento de ésta de la casa del señor Lope; y como, coincidiendo con este alejamiento, se marchó Vicente á Portugal, quedóse *Chinarro* tranquilo y satisfecho, pasando las primeras horas de las noches en sabrosos parloteos con la Remedios en el poyo de su puerta.

La fecha de la boda estaba ya fijada para el tercer domingo de Octubre, y como Juan de la Cruz tenía que llevar á la feria de Salamanca los novillos cebados del tío Ambrosio, pensaron la *tía Frasca* y la señora María Antonia, con *Chinarro* y la Remedios, que se podían comprar allí las *vistas*, puesto que había más donde escoger, y se encontrarían quizá más arregladas.

Chinarro tenía que irse las vísperas de la feria «cordel adelante» con las reses, y el último día de aquélla, podía

marchar en el tren Remedios con su madre; pasarían de fiesta aquel día, y el siguiente le dedicarían á hacer las compras. Precisamente tenía la tía María Antonia una prima en Salamanca que vivía en la Cuesta de la Cárcel, á cuya casa podían ir ellas con entera confianza.

Como *tía Frasca* no estaba, con sus achaques, para viajes, ellas se encargaban de mercar las galas de *Chinarro*.

Y como se pensó se hizo. El día 9 de Septiembre marchó Juan con los novillos, y el 13 por la mañana estaban en la estación Remedios y su madre con el billete de ida y vuelta en el bolsillo, las alforjas cargadas de comestibles y de regalos de matanza para la prima salmantina, y los cuerpos bien enmajecidos con los trapos domingueros.

El andén estaba lleno de feriantes, y el tren traía larga cola de vagones atestados de gente bullanguera, que apiñaba sus cabezas en las ventanillas de los coches dificultando la entrada á los atolondrados lugareños, que, cargados con su abultada impedimenta, corrían azorados en pandillas á lo largo del convoy, abriendo portezuelas y tratando de colarse, uno tras otro, todos los del grupo en el mismo departamento, mientras los que ya le tenían ocupado, ponían el grito en el cielo y reñían tenaz batalla con los asaltantes.

Los empleados «estibaron» en los coches aquella muchedumbre; pitó la locomotora, y el ruido de la marcha logró acallar los improperios y denuestos, y el movimiento acoplar á todos de tal modo, que un rato después se podía

tomar por paradoja aquello de la impenetrabilidad de los cuerpos.

La salida de la estación de Salamanca, se hizo casi tan difícil como la entrada en los coches, porque todos se empeñaban en salir de los primeros, apretujándose á la puerta de salida.

Los paseos de la carretera negreaban de viajeros, y los guardas de Consumos no se daban a basto á registrar cestas, palpar alforjas y contrapesar costales.

Remedios y su madre salieron con menos dificultad, porque el tío Ambrosio, que iba con ellas y era conocedor de la capital, las llevó vía adelante, por detrás de la Alamedilla, evitándolas los apretones de la salida y la parada larga del Fielato.

Llegadas á casa de la prima, las dejó el tío Ambrosio para irse al Teso de la feria á relevar á *Chinarro*, que no tardó media hora en reunirse con las «damas»; y como el tiempo había que aprovecharle, salieron enseguida de la casa, tomando, cuesta abajo, por San Julián, hacia la Plaza, en la que, por el Arco del Toro, como por la calle de Zamora, la escalerilla del Ocho y la de Pinto, por la escalinata del Corriño y por todas las entradas, aflúa la gente en multitudes.

Los portales de la famosa plaza hervían de gente, y por la acera del Correo era imposible dar un paso. Reunidos en abigarrada mescolanza, paseaban por ella los airosos charros de calzones ceñidísimos, botas con colgantes, cintos de cuero ó fajas de seda negra, cortas chaquetillas,

camisas cerradas con enorme botón de oro, y gorrillas de fieltro y terciopelo, que mal cubrían sus cabezas; los mo-fletudos serranos con sus anchos bombachos de pana, sus moradas blusas y sus sombreros episcopales de fieltro negro y cordones verdes, que se mejaban, de medio cuerpo arriba Prelados de la Iglesia; las candelarias, con sus huecos y cortísimos manteos de paño obscuro, corpiños negros y sereneros verdes ó amarillos, coronando sus bellísimos rostros con el antiartístico emperingotado moño de picaporte; las charras con vestidos bordados de oro fino, rizos aplastados de menudas trenzas, pegados á la cara, y mantillas de tul bordado, remembrando imágenes de pueblo; las elegantes damiselas con exóticos sombreros, y dominándolo todo, absorbiéndolo todo, los cosmopolitas sombreros hongos, las largas americanas y los ridículos pantalones de los señoritos, juntamente con las bordadas blusas, los largos calzones de pana y la invasora boina de de los casi nniformados campesinos.

El murmullo de aquel mar humano apagaba los acordes de la banda que tocaba en la acera del estanco, y mareaba el ir y venir de tanta gente.

Con los últimos compases de la música se desperdigó por calles y por plazas aquella alegre turba que invadía fondas, asaltaban *restaurants*, llenaba cafés, repletaba tabernas y colmados y se posesionaba de los sueltos sillares de las obras del Mercado, para convertirlos en mesa de comer.

En uno de éstos se acomodaron *Chinarro*, Remedios y

su madre, para dar cuenta, con apetito y con deleite, del escabeche de besugo y de la fresca sandía que habían comprado á cala en uno de tantos montones de aquella plaza.

Acabados los yantares, la gente de los pueblos se marchó presurosa, por la calle de Zamora, camino de la Plaza de Toros, á esperar que abriesen sus puertas para invadir los tendidos de sol antes y con antes, mientras los de las localidades de más precio se apiñaban en las mesas del Pasaje y del Castilla para tomar apresurados el café, envueltos en una atmósfera acre y asfixiante, medio atropellados por las gentes que entraban y salían sin descanso y atronados por una mareante baraúnda de la que sobresalía el ruido seco de palmadas, la voz de «¡va enseguida!» de los mozos, el campanileo de las cucharillas en las copas y el metálico chocar de las bandejas sobre el mármol de las mesas.

Los andenes del paseo de la Glorieta hormigueaban de gente que marchaba alegre y á buen paso, y se llenaba el arrecife de carruajes ocupados por mujeres, y de ómnibus repletos de feriantes, que dentro se estrujaban, y de mocería que cantaba, reía y piropeaba á las mujeres, empingorotados en lo más alto del coche. Mal trotaban carretera adelante los escuálidos jamelgos soportando con trabajo á los picadores; cascabeleaban las jacas arrastrando las jardineras con las cuadrillas de toreros, que lucían sus ternos de colores encendidos, en los que chispeaban los dorados de los alamares y brillaban las lentejuelas, y, casi de los últimos, rodaba á toda prisa la carretela del

Ayuntamiento con los concejales, muy tirados de chisteras y levitas.

El circo se llenó hasta rebosarse, y aquel monstruoso anillo empezó á moverse con palpitaciones de carne de gigante.

Los tendidos de sol dañaban á la vista con la blancura de las camisas de los hombres y con los chillones colorines de los pañuelos y de los abanicos de las hembras.

En uno de aquellos tendidos se hallaban nuestros amigos con los rostros encendidos por el calor y por las emociones, siguiendo con entusiasmo y con *rehilores* los incidentes de la lidia; aplaudiendo ó silvando *Chinarro*, enardecido, y chillando las mujeres, asustadas, cuando el toro derribaba los caballos ó seguía de cerca á algún torero.

Terminado el espectáculo, el público se aglomeró en las puertas de salida, verdaderos vomitorios por donde se derramaba en torrente aquella multitud, llenando parte de ella los ventorros cercanos á la Plaza, marchando algunos por los altozanos de la izquierda para cruzar la vía por estrechas sendas que salían á la plaza vieja, quedándose los lugareños al baile de la gaita en la hondonada de junto á los ventorros, y yéndose despacio el grueso de la gente por los paseos laterales de la carretera, contemplando el pintoresco paso de los coches, admirando la hermosura de las chicas que, subidas en las banquetas de los *familiares*, lucían las mantillas de caireles y de blondas, los mantones de riquísimos bordados, y los adornos de claveles reventones y de rosas.

En lo que llegaba la hora de los fuegos, los feriantes se diseminaron por calles y por plazas, yendo los unos á ver las fieras á la plaza de Santa Eulalia; otros á las barracás de Colón y de los Bandos, y los más á recorrer los puestos de baratijas y juguetes en la plazuela de la Libertad, en donde un jovenzuelo de voz gangueante gritaba sin descanso: «¡Aquí, señores, al gran barato! ¡Esto es un derroche! ¡Navajas, batidores, tijeras, espejos, boquillas, cepillos..., todo regalado! ¡Objetos que en cualquier comercio valen cuatro y cinco pesetas, aquí á real y medio! ¡Todo á real y medio!»

Y dos puestos más allá giraban en vertiginosas vueltas las ruedas de una rifa, en la que los dependientes ofrecían una papeleta por diez céntimos, tres por un real y trece por una peseta.

Y se desgañitaba gritando algo más lejos el tío de la subasta: «¡Un cortaplumas, con seis usos: navaja, cortaplumas, sacacorchos, limpiaúñas, cortacristales y cortapuros, de acero legítimo, fabricado en las acreditadas fábricas de *London*, que vale por lo menos seis pesetas, se da aquí por lo que gusten! ¿Hay quien dé algo por él?... ¡Cuarenta céntimos dan, cuarenta céntimos: esto es una ganga, señores! ¡Un servidor de ustedes no volverá á subastar un objeto de un valor tan positivo como éste, y que tan poco aprecian los señores!»

Más abajo, un numeroso grupo contemplaba el grabador de cristal, que por solo 15 céntimos grababa una inicial, y por un real el enlace de las dos, en una copa ó en un vaso.

Chinarro con Remedios y su madre, recorrieron uno por uno todos los puestos, y, después de ajustar catorce cosas, sólo compraron un alfiler de paloma con muchísimos «brillantes», por seis reales, para la moza; una petaca de Ubrique para *Chinarro*, y, al retirarse, unos cucuruchos de caramelos para los nietos del tío Roque, de los que hacía, en el último puesto, un hombrecillo con blanco delantal y gorro de cocinero, sacudiendo sobre la plancha de mármol el amasijo dúctil y ligoso, que estirajaba suspendiéndole de un reluciente garfio.

Después de cenar en casa de la parienta, y, por cierto, no despacio, salieron para ver los fuegos, entrando, de paso, por la Plaza Mayor para admirar la policroma iluminación del frontis del Ayuntamiento, que cambiaba de color de rato en rato.

El embobamiento rayó en los límites cuando, ya en la Alamedilla, junto al terraplén de la línea de Plasencia, empezaron los cohetes á surcar el espacio derramando lagrimones de colores ó deshaciéndose en garras de fuego, y se desbordó el entusiasmo con las ruedas, que giraban mareantes, y con las cascadas de chispas y de luces, y, sobre todo, con los tiroteos de luces de Bengala, que se disparaban fuego contra fuego, terminando con secos estampidos y con atronadores zambombazos. Pero cuando llegó al paroxismo la alegría, fué al encenderse el toro de fuego, que se metía por entre el público derramando si-seantes chorros de encendidas chispas. ¡Qué de gritos y carreras! ¡Qué jolgorio y qué de risas! Aquello sí que era lo

bueno y lo divertido y lo gracioso. A *Chinarro* ya le dolía la cintura de reír, y los brazos de sostener á la Remedios y á la tía María Antonia, que se atortolaban con el rebullicio.

El bombazo final puso término al divertidísimo espectáculo, y el público se retiró bullicioso y satisfecho.

Gran parte de los forasteros invadieron el teatro de Bretón y el del Liceo, maravillándose con la brillantez de la sala y de las decoraciones, asombrándose con las vistosidades de los trajes de los comediantes, riéndose á rabiarse con los chistes del gracioso, y... durmiéndose como benditos al arrullo de la música antes de principiar el tercer acto.

¡Y en que estado llegaron Remedios y su madre á casa de la prima cuando las dejó *Chinarro* para irse á la posada! Los pies, hinchados como botos, les hormigueaban horriblemente; las piernas doloridas de cansancio, y tronzadas las cinturas de estar derechas tanto tiempo.

Así es que, con la excitación de los nervios, la tensión de los músculos y el trasnochar desacostumbrado, apuntaban las primeras claridades de la mañana cuando lograron quedarse dormidas. Y cuando vino *Chinarro* en su busca, aun estaban durmiendo madre é hija, y hubieron de vestirse y de atusarse á toda prisa.

Mientras almorzaban las inevitables sopas, se discutieron los comercios en los que debían de hacerse las compras, y asesorados por la prima de la tía María Antonia, se decidió que el vestido y el pañuelo de Remedios se mercasen en la tienda de los Ricardos; el tapabocas de Juan,

en el de los Gallineros; las retortas, percales y cutíes, en donde D. Mariano el del Corriño, y el paño para el terno de *Chinarro*, se podía comprar en la pañería de D. Senén, que, por aquello de tener un hermano en Béjar y ser de todos conocido, era fácil que los sirviese mejor y más barato.

Resuelta esta cuestión delicada y difícil, cargó Juan con las alforjas grandes, al mismo tiempo que las mujeres se colgaban del brazo cada cual una de las pequeñas, y se fueron al Corriño, entrando en el comercio de don Mariano.

Otras más madrugadoras les habían tomado la delantera, y tuvieron que esperar un rato hasta que se desocupó uno de los dependientes.

Y entonces fué la de sacar piezas de retor y sobarlo entre los índices y los pulgares y restregarlo para quitarle el apresto, y mirarlo al trasluz para verle la trama, y medir el ancho á palmos, y el regatear céntimo á céntimo, y el salirse de la tienda decididas, y el llamarlas el hortera, y el asomar ellas por la puerta con aquello de «que no le des vueltas, que no lo pago más que á tanto», y lo de «has de subir una *perrilla*», y lo de «que no la doy, que está de resobra bien *pagá*», y lo de acabar por decir el dependiente: «Entra, mujer; ¿cuántas varas quieres? Por ser á ti te lo voy á poner en eso; pero que te conste que pierdo tres *perrillas*.»

Y así en los lienzos, y así en el cutí, y así en los percales, y así en esta tienda y así en todas en las que entraron.

Cuando salieron de aquel comercio se encontraron con el Secretario del pueblo, que les convidó á una pasta y á una copa de lo dulce en el *restaurant* de la Valeriana, y se fueron á casa de los Ricardos, en donde se repitieron las mismas cosas, igual que en la de los Gallineros y en la de D. Senén. Total, que cuando llegó la hora del tren, y eso que comieron á trangullones, tuvieron que entrar á todo escape en el almacén de D. Matías á comprar las bacaladas, el arroz y los aliños, y llegaron á la estación cargados como burros, corriendo á todo correr y cayéndoles por cada pelo un chorro de sudor.

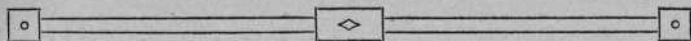
Ya en el andén, metieron á empujones en el vagón las atiborradas alforjas, se montaron ellas á toda prisa, atropellando á los que estaban dentro, respiraron con desahogo, y.... un golpe dado con el pie en el suelo del coche por la señora María Antonia, dos palmadas en sus desarrolladas caderas, lindando con el abultado vientre, y un «si ya lo decía yo, que con tanta cosa...», denotaron que había habido, de seguro, algún olvido. En efecto, la cesta con el pañuelo de Remedios, la faja del *tío Quico*, las botitas de la hija de la Indalecia, las garapiñadas y los *carambelos* para los nietos del tío Roque, se habían olvidado.

Por fin, y cuando ya había dado las tres señales de salida la campana colgada cerca del reloj de la estación, llegó sofocada y jadeante la prima salmantina con la dichosa cesta, renegando, de seguro en sus adentros de los huéspedes de feria.

Y era lo que decía después la tía María Antonia:

—Esto no es para una: que me den á mí mi pueblo, sin estos atosigos, y me dejen de *sudiades*, en donde ni tan siquiera la dejan á una pararse, y la van á una *arrempujando* por las calles, como si *to* el mundo fuese á apagar un fuego *stgún* van de *de prisa*; y «corra *usté*, madre, que la coje ese coche»; y «apártese *usté*, señora María Antonia, que la alcanza ese otro»; y rempujones *pa* entrar en la Iglesia, y achuchones *pa* salir de los toros, y pisotones en los fuegos, y no pare *usté*, y no duerma *usté*, y..., que no, que yo me quedo con mi Fuentes, que se vive *so-segaos*, y... en fin, que bien dice el refrán: «A tu tierra, grulla, aunque sea en una pata.»





Viento de tormenta

Los días se pasaban en un soplo, aunque á *Chinarro* se le antojase que iban á paso de tortuga.

Pero que se lo preguntase él á su madre y á la tía María Antonia cuando en refajos, con los pañuelos anudados á la pasiega y las caras y los brazos embadurnados de salpicaduras blancas jabelgaban la casilla que había de servirles de nido á él y á la Remedios desde el día que el señor cura les echara las bendiciones.

Porque si bien es verdad que en un principio se pensó que el nuevo matrimonio se fuese á vivir con la *tía Frasca*, que tenía en su casa una habitación muy apropiada para dormitorio, empezó ésta á decir que «el casado casa quiere», y que si «el huésped y la pesca, al tercero día apesta», más pronto habían de apestar las suegras, aunque fuesen postizas como ella, y que «es mejor prevenir que sentir», y que «bien se está San Pedro en Roma», y «cada uno en su casa y Dios en la de todos». De modo que, atendidas razones de tanto peso, se tomó una casetilla que

estaba deshabitada muy cerca de la de los padres, y aunque era sumamente pequeña, porque toda ella se reducía á una pieza no muy grande, con su alcoba, un zaguán, una cocina, una trascocina y una cuadra que daba al zaguán, enfrente de la sala, sin contar el *doblado*, que ocupaba toda el área de la casa, para empezar, ya tenían bastante; porque, si bien no tenían corraleja para tender la ropa lavada, ni pila para lavarla, ni pozo para sacar el agua, en casa de la madre de Remedios había todo esto, y estaba bien cerquita; la cuadra, como no tenían caballerías, podía servirles de leñera, y si se apuraba, de pocilga para el *garrapo*, y aun de gallinero, en el que podían encerrarse por la noche hasta media docena de gallinas con su gallo: el costal de la molienda se podía poner en el zaguán, y como éste tenía un hueco, que servía de cantarrera, de aquí que hasta en la cocina cupiese bien la artesa para el amasijo del pan, que podía llevarse á cocer al horno de *tía Frasca*.

Puerquecilla sí estaba la casa cuando la tomaron, así es que ambas consuegras se dieron una buena de fregar suelos, quitar telarañas, enjalbregar paredes, coger desconchados, empedrar rodales del zaguán, desempedrados y deshollinar y dar de *calamocha* á aquella *indina* cocina, que debía ser humosa como cueva de gitanos.

Por eso decimos que preguntase á las dos madres si el tiempo no volaba.

O que se lo preguntase á la Remedios, que en el mes justo, que hacía que volvió de Salamanca, no levantaba

cabeza de la labor, y eso que no era lerda en lo de pespuntear y hacer costuras y sobrecargarlas, y en lo de las vainicas, y en los dobladillos, y en el *punto por cima*, y, en fin, en todo lo que fuese coser y cortar, porque también manejaba la tijera, en el buen sentido, por supuesto, como pocas.

Y eso que había pedido ayuda á la Gregoria, que no era *rana* tampoco en el oficio, y venía á ayudarla muchas tardes.

Pero ya se ve: cosa usted las almohadas y las sábanas; haga usted las costuras al colchón, péguele usted los parches, hágale los ojetes y cosa usted el jergón; córtese y córsase usted siquiera tres camisas, y póngalas usted unas miajas de canesús y de entredoses; enjarétese usted unas enaguas con sus alforzas y su volante para el día de la boda; hágase usted el vestido, porque hasta de modista ha de hacer una, y añada usted que, como la *tía Frasca* no entiende de aguja, hay que hacer los camisones y los calzones blancos á *Chinarro*, y verá usted el tiempo que le queda á una, y si hay ó no hay que quedarse por las noches á coser junto al candil, y si el tiempo vuela ó anda á paso de tortuga.

Faltaban pocos días para la boda y aquella misma mañana se había ido *Chinarro* con el cortador á Sorihuela para comprar la res que se había de sacrificar para el convite.

Las consuegras daban la última mano al arreglo de la casa, en la que ya tenían armado el catre de hierro que se

mercó en Béjar; el jergón lleno de paja de centeno; el colchón hecho, aunque había quedado bastante escualido de lana, y eso que la señora María Antonia era previsora y buena madre y había ido guardando los vellones de la oveja que criaron hacía tres años, y que su cuñado Pedro tenía en su rebaño; las sillas de enea, los cántaros, la artesa, regalo de la señora Casilda, una ya vieja, que tenía ella para guisar el picadillo de chorizo en las matanzas y á la que *el Lata*, el hojalatero del pueblo, la echó dos parches, dejándola como nueva, y otras zarandajas que arreglaban las dichosas viejecillas, llenas de ilusión y de contento.

Remedios, después de haber estado terminando el vestido de boda, ayudada por Gregoria, y cuando ésta se marchó, se puso á coser los ojetes de un justillo de cutí, con algodón encarnado, de cuyo color iban á ser los cordones, con herretes.

La luz se iba acabando, y para aprovechar la del crepúsculo, que, como otoñal, era algo largo, se sentó en la corraleja, de espaldas á la puerta.

Un rato llevaba absorta en sus costuras, cuando creyó oír que la llamaban, y se volvió rápidamente.

Asomando con cuidado la cabeza por la puerta, y llamándola en voz baja, estaba Vicente.

—¿A qué vienes?—le preguntó Remedios, con voz breve y colérica.

—Pues á avisar á tu padre, para que vaya esta noche sin falta á embalar dos sacas de lana que piden con ur-

gencia desde Hervás, y á hablar con tigo, Remedios.

—Tú no *tiés* que hablar conmigo, y el *recao* ya está *dao*, Vicente, conque puedes *dirte*, y no me comprometas.

—Es preciso. De aquí á un rato vendrán á avisarte de mi casa para que vayas mañana sin falta á ayudar á mi madre un rato, y yo he venido delante para que sepas que soy yo el que ha puesto las cosas de manera que no tuviese mi madre más remedio que llamarte, porque necesito que hablemos tú y yo.

—Pues podías habértelo *escusao*, Vicente. Ya te lo he dicho: yo no he de volver á hablar contigo, ni quiero que tú me hables; ya lo sabes. Entre tú y yo está la hombría de bien de *Chinarro*. Ese hombre á quien yo estoy ocultando malamente cosas que no le he dicho, ni jamás he de decirle, por no hacerle llorar toda su vida y porque no pierda su confianza en la mi fama; esa fama que robaste tú como ladrón cobarde y traicionero.

—Ya te lo dije, Vicente, el día que tu *vaniddá* quiso echar al viento, con el pañuelo que me había *mercao* Chinarro, el pregón de la tu hazaña. Aquel día que se me cayó la venda de los ojos y que rompí los *atatjos* que me tenías puestos tú, ¡canalla!

•A mí no *güelvas á llegate*, te dije aquel entonces, y hoy te digo más, Vicente. *Drento* de unos días ese hombre, á quien yo quiero con *toa* mi alma y venero por noble y por *honrao*, va á *entregame* la su fama, y yo te juro que no la he de dejar perder como la mía, por medrosa y confiada, y la he de defender con las manos, y con las uñas, y

con los dientes, y con el escándalo si se precisa; y... vete, Vicente, vete, no tenga que arrojarte de ese quicio como se tira al arroyo el agua puerca.

Hablaba de prisa, temblándola la voz en la garganta, pálida como una muerta, y pugnándola las lágrimas por salirle de sus ojos.

—¿Me despachas, Remedios?...

—¡Como á un perro!

—¡Y no irás mañana?

—Ni mañana ni nunca, ¡te lo juro!

—Pero mujer, no seas niña; si todas esas cosas son tonteras que te se han metido en la cabeza; si yo te quiero...

—¡Calla, Vicente..., calla..., ó te escupo!... ¡¡Vete!!

—¡Pero, Remedios!...

—¡¡Que te *vaigas!*!

—Oyeme, mujer.

—Largo de ahí, granuja!

Y cerró la puerta de un portazo.

—¡Por éstas, que me las has de pagar, Remedios!

Entróse la muchacha, con los ojos chispeantes de coraje, el pecho sollozante por la ira, y trémulos los labios; pero, agotadas sus energías en la soledad de la penumbrosa cocina, se derrumbó sobre el escaño de madera, y con la cara escondida entre sus manos, lloró, como la pecadora de Magdala, lágrimas de dolor y penitencia.

Entretanto, Vicente, pálido y descompuesto, marchaba por la calle arriba, tan absorto y preocupado, que dejó sin contestar el saludo de la tía Ignacia, la molinera, que des-

embocaba por la calle de la Fuente, y sin darse cuenta de que la tía Ramona se apartaba de su puerta, en la que tenía abierta la media hoja de arriba, tratando de ocultarse en la obscuridad del zaguán.

—*Giuenas* tardes, ó cuasi *giuenas* noches, Ramona, porque ya se va *pusiendo* obscuro.

—Buenas te las dé Dios, *Inacia*.

—¿Has visto al galán?

—Y á la dama, hija. Te digo, que en este pueblo no ha *quedao* ni raspa de vergüenza.

—Es *verdád*, Ramona. Y en el ínter el *probe Chinarro* tan satisfecho. Créete, Ramona, que le *compadezgo*.

—Pues yo no, *Inacia*. «Tú lo quisistes, fraile mostén; tú lo quisistes, tú te lo ten.» El quiso carita fina, *vestios* majos, andares puliditos, pues toma señoríos. Bien había de mozas en el pueblo, y no lo digo por la mía ni por la tuya, que sin esas *fantestas hubián sto* mujeres de su casa, sin tanta fanfarria; pero él lo quiso asina. Pues ¡toma tonterfías!

—*Tiés* razón en ello, y es *verdád* que son *demasiaos* lujos.

—Y sin mirar de adónde, *Inacia*; sin mirar de adónde.

—Y el mozo, hija, es de perlas.

—Ya lo creo, como que *toas* las.... puercastienensuerte.

—En fin, *dimpués* de *to*, allá ellos.

—Verdad es. Y «lo que no has de comer déjalo cocer.»

—Pero ¿qué *ruto* es ese?

—¡Qué ha de ser mujer! El viento de la tormenta.

Una nube espesa de polvo, revuelto con menudas pajas, avanzaba por la calle, ocupándola por completo, borrando con la niebla los corrales de las casas, cerrando con estrépito las puertas, y golpeando las ventanas, arremolinando la tierra de la calle y voltejeando los ramujos y hojas secas.

—Pero ¡entra, mujer, que pase eso!

—No, no, que me voy *pa* la mi casa antes de que llueva.

—¡Ave María purísima!—dijeron las dos mujeres, santiguándose al fulgurar un relámpago.

—Adiós, adiós, Ramona.

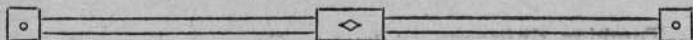
—Pero espera, mujer, que está tronando.

Que no me espero más; adiós.

Y tapándose la cabeza con la saya, salió de prisa, á todo correr de sus torpes piernas, mascullando entre dientes:

«Santa Bárbara bendita,
Que en el cielo estas escrita
Con papel y agua bendita
En el ara de la Cruz.
Pater noster, amén, Jesús»





Al compás de las yuntas

Post nubila Fhæbus.

Y después de la tormenta del día antes, una mañana espléndida de otoño, con claro azul de cielo, fragancias de cantueso y olor de tierra húmeda, que el sol iba sacando del suelo remojado, en tenues vaporcillos que se agitaban temblorosos sin levantarse apenas del ras de los terrones.

La hoja dejada de barbecho la pasada sementera estaba salpicada de parejas de bueyes, que iban llenando de oscuros remiendos la pardusca vega.

De vez en vez, se oía algún gañán, que al compás del paso de las vacas llenaba aquellos campos con su voz clara y sonora, que caía en candenciosas notas, prolongadas por largos sostenidos, y que interrumpía al medio de las coplas para reñir á las reses en las vueltas de arado:

«¿Dónde vas á dar aguaaa,
Mulero nuevooo?...

—¡Pára, Golondrino! ¡Güelve aquí, Lucero!
Clavellina encarnadaaa,
Voy al venerooo...

También *Chinarro* estaba aquella mañana arando en los pegujales, apoyada la mano en la mancera, recalcándose sobre la orejera del arado cuando no ahondaba la reja lo bastante, levantando oleadas de tierra negruzca y esponjosa, y seguido de grises neveretas que picoteaban los bichillos que salían en los surcos removidos.

Al acompasado andar de la yunta despaciosa, removía *Chinarro* también, en sus adentros, las mil cavilaciones que llenaban su cabeza.

—*Miá* que *paice* mentira que tenga uno tan cerca lo que lleva tantos años afanando. Y *hate* cuenta que está encima. ¡Toma, y tan encima! Como que *pasaos* cinco días ya estaré yo en la mi casa con Remedios.

...¡Hombre! ¿Pues no me presta vergüenza el acordarlo...? ¡Y no es mentira!

¡*Miá* que *tenela* yo á mi *lao* de *contino*!

¡Vamos, si *paece* que se está uno ensoñando!

¿*Pos* y el pensar que cuando *güelva* á esta senara *pa sembrala drento* de *na*, ya vendrá la Remedios á *traeme* la comida? Y sí vendrá, ya lo creo; porque como está tan cerca el pueblo, *quedrá traeme* la puchera *pa* que coma *de* caliente.

Y nos *asentaremos* en aquel *cirate* cara al sol, *pa tostanos* con sus rayos. Pero no, que no se tueste la su cara. Para eso hincaré á su vera la anguarina, *pa* que la dé sombra en la cabeza y se temple *mu* rebién su cuerpo.

¡Y qué riquísimo deberá saber asina la miaja de cocido!

Yo me tenderé panza abajo en ese repechillo *pa pode-*

la mirar más bien su cara mientras comemos *dambos*, y *recreame* en el su cuello cuando beba á *garlocho* en la botija. ¡Da gusto, Cristo Santo!

Pues *miá* que si Dios quisiera que allá *pa* la otra sementera se viniese Remedios con un *jabichuelino*, como llamaban á los *críos* aquellas coplas que nos leía en el destajo el chico de *nostramo* de *Malpartía*, y que decía que había sacao un maestro que hubo en tiempos en el Guijuelo....

¡Si yo viese como aquél veía al *jabichuelino rezongando* con el pezón *metto* en la su boca, hundiendo las *narizucas* en el pecho de su madre, y *golviendo* los ojos *pa* lo alto, y *pusténdoles* en blanco para *dirse* quedando *adormilao*! ¡Y si asomase por de fuera de los pañalillos los sus piececines chiquititos *pa* que yo mordisquease los sus dedos *redondinos* y *encarnaos* como majuelas!...

¡Arre, *Golondrino*! ¡*Güelve* aquí, *Lucero*! ¡Vamos, *güelve*, tonto! ¡*Güelve*, tonto!... ¡Arrima!

.....
 ¡Y *cuidiao* que hay personas malas en el mundo!

Miá que *parame* la *señá* Ramona cuando yo *golvia* de Sorihuela, sólo *pa decime*, como aquel que clava un cuchillo por la espalda: «*Chinarro*, el Vicente debió de venir á *buscate* endenantes, y no te encontraría, porque le *vide dimpués palrando* con la Remedios á la su puerta...»

¡*Miá* que es intención *malina*!... Y Vicente había *dio* en *ca* de la tía María Antonia *pa* que fuese el *tío Quico* á embalar un poco de lana aquella noche; pero ¡lo que es la gente!....

...¡Toma aquí, *Lucero!*...

...Y bien *mira*o, ¿por qué no mandarían á la moza en lugar de *dir* el Vicente?... ¡Calla, *Chinarro*; y no *vaigas* á *metete* tú también el cuchillo! Fué porque debió de *dir*, que si hubiese *dio* á cosa, que no fuese *comeniente*, ya te lo habría dicho la Remedios...

...No quieras, Juan, *metete* en los *adentros* aquellas cosas de antaño, como las de *endimpués* de aquel baile, que dejan la caja del cuerpo como si le sacasen las *mesmas* entrañas, y se queda *escuro* el cielo, como si se apagaran *toas* sus luces... ¡Arrima aquí, *Lucero!*...

¡*Cois!* Arranca, *Chinarro*, esa mala *herba* que *quíe* nacer en la sementera, y que cría *endimpués* neguilla en la casecha... Ella es *güena*, bien lo sabes, y *na* malo *tiés* tú que pensar, *Chinarro*... Y si fuese de otro modo..., y si él intentara..., y si él quisiera... ¡Dios, que no lo quiera! ¡Dios, que no lo intente!...

¡*Güelve*, *Golondrino!*...

¡Fuera, *güé!* ¡Maldita sea tu estampa! ¡*Güelve*, que te tundo!!





Una boda en Fuentes de Béjar

Chinarro, acompañado del tío Roque, que se prestó á ser padrino, y Remedios de su tía Indalecia, la hermana pequeña de la *señá* María Antonia, que por haber sido madrina de pila de la moza, estaba obligada á serlo de matrimonio, recorrieron, cada pareja por su lado, en los tres días anteriores á la boda, la mayor parte de las casas del pueblo, convidando á la gente; tarea que no era corta ni sencilla, porque en Fuentes, lo mismo que en toda la tierra de Béjar, como en la mayoría de los pueblos salmatinos, una boda no es, como en otras partes, un suceso familiar, al que solo concurren amigos y parientes, sino que puede considerarse un acto concejil, en el que toma parte casi todo el vecindario. Y tan de antiguo viene esta costumbre, que las casas del Concejo, aun las más antiguas de aquella comarca, tienen para estas ocasiones un local labrado de expofeso. En los consistorios de los lugares

pequeñillos, es el mismo salón de sesiones, y entonces preside los festines de Himeneo el retrato del Monarca más ó menos contemporáneo. Pero en las casas de cabildo que tienen más de un piso, en el alto están el salón de sesiones y las Secretarías municipal y del Juzgado, ocupando toda la planta baja el amplio local destinado á las bodas. Suele ser éste muy obscuro, porque, como la mayor parte de las viviendas lugareñas, recibe la luz por ventanas tan pequeñas y tan ralas, que semejan aspilleras de defensa. Tienen, comúnmente, las paredes poco limpias, y el suelo empedrado de cantos relucientes. A lo largo de las paredes corren asientos de madera, de ladrillo ó de piedra, según los materiales que abundan en el pueblo, y delante, unos soportes de lo mismo aguantan unos tableros estrechos y robustos, que sirven de larga mesa, en la que caben ciento, doscientos y más *cubiertos*, según el vecindario es de numeroso. Contiguo á este local hay otra pieza que sirve de cocina, en la que se guisan los manjares del convite.

El sábado, víspera de la boda, se sacrificó el novillo, y se hicieron las partes que correspondían á los que, no pudiendo asistir á la comida, enviaban la ofrenda. Porque es costumbre que el que por luto, enfermedad ó cualquier otro motivo no puede ir á la boda, envía diez reales y se le manda un trozo de carne, pan y vino.

Una de estas porciones se envió á casa del señor Lope, que excusó su asistencia por tener que ir con su hijo aquella mañana á Valdelacasa, enviando dos duros como regalo. La señora Casilda estaba poco buena, y no podía

tampoco acompañar á la Remedios, como hubiera deseado.

La noticia alegró á *Chinarro*, y supo á mieles á Remedios, que hubiera deseado que Vicente no apareciera nunca por el pueblo.

Llegó por fin el día deseado por *Chinarro*.

El tío Pedro repicó temprano el tamboril por las calles del pueblo, y una hora antes de la misa ya andaba de la casa del padrino á la de la madrina, de ésta á la del novio, y por fin á la de la Remedios, acompañando convidados hasta que reunidos todos, se organizó la comitiva, que partió de casa del *tío Quico*.

Iba delante el tamborilero repicoteando una alegre marcha; detrás caminaba un muchacho que llevaba enhiesto, á modo de estandarte, un hierro largo semejante á un asador, en el que llevaba clavado un grande y magrisimo pedazo de lomo del novillo, lo que llamaban en el pueblo *la espalda*, y que estaba destinado como obsequio al señor cura. Dos mozancones iban detrás sirviéndole de escolta, cosa que hacía pensar sin la frase «guardar la espalda» se refería á la misión de aquellos dos jayanes.

Después..., el novio, acompañado del padrino, y luego los hombres, jóvenes y viejos, enmajecidos con sus mejores galas.

Chinarro había perdido bastante de su agraciado porte con los atavíos de novio. La capa, larga en demasía y ancha con exceso, que el señor Ambrosio le dejó para aquel acto, y el sombrero castellano, poco airoso, parecía que le habían echado encima varios años.

Sin disputa, resultaba mejor mozo con su blusa de tren-cillas, con su boina y con su tapabocas de cuadros esco-ceses.

No podía decirse lo mismo de la novia, que, acompaña-da de la madrina, caminaba detrás de los hombres.

Con su vestido negro, bastante hueco en fuerza de refa-jos, y, sobre todo, por virtud de la enagua almidonada, que sonaba al andar, como si estuviese forrada de papeles; con el pañuelo de Manila blanco que le prestó la alcaldesa, y que, suelto, le caía por la espalda hasta llegar los flecos al ras de los vestidos; con la toca ó mantilla salmantina de terciopelo negro y forro de seda blanco, que encuadraba su delicado rostro, estaba la muchacha hecha un encanto. Iba algo pálida, abajada la cabeza, los ojos entornados y en la mano cogido un pañuelo con encaje, regalo de la primoro-sísima Gregoria.

La madrina iba ataviada con pañolón de flecos color caña, vestido de estameña y mantilla de merino con fran-ja de terciopelo, de seis dedos de ancha. También iba hue-ca como una campana y llevaba un pañolito blanco muy doblado en la mano que la dejaba libre el jarrito de vino para el cura y la toalla que llevaban por costumbre, y que Dios, en sus inescrutables designios, sabrá para qué sirve.

Siguiendo á la madrina y á la novia, marchaban las mozas luciendo sus mejores *guapos*, y las casadas sus bas-quiñas de merino que sirvieron en lances semejantes, con-duradas á fuerza de pimienta en el fondo de las arcas.

Llegados á la iglesia, y después de hechas por el señor

cura las preguntas sobre impedimento, contestadas por todos á coro con el «no sabemos nada», y por cierto con una mirada de la *señal* Ramona á la *tía Inacia*, que tenía más miga que un pan hueco; bien leída y mal escuchada la Epístola de San Pablo; respondidas por los novios las tres sacramentales preguntas con el «sí quiero», «sí otorgo», y «sí recibo», dichas en voz casi imperceptible por la moza, y recias y equivocadas por *Chinarro*; dadas las manos derechas, y bendecidos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; puestos después los anillos en los dedos, y echadas las trece monedas á través de las manazas de *Chinarro*, puestas en hueco para que cayesen en las de Remedios, y caminando novios y padrinos con el señor cura hacia el presbiterio, disemináronse hombres y mujeres por la iglesia, subió la gente joven con el tío Pedro al coro, se arrodillaron novios y padrinos, púsose el sacerdote la casulla y empezó la misa, que tocó con gaita y tamboril el señor Pedro y cantaron media docena de mozos que sabían la extraordinaria de las bodas.

Dicha la misa, que fué como todas las de todas partes, si se exceptúa una ceremonia especialísima de Fuentes de Béjar, que consiste en poner en la cabeza de la novia, sobre el yugo ó paño que es de ritual, un pañizuelo verde, al que llaman «el velo de Rebeca», salió la gente de la iglesia, yéndose los novios y padrinos á casa del Secretario del Ayuntamiento, que lo era también del Juzgado, para firmar el acta del matrimonio civil, y después á despojarse la novia y la madrina de las mantillas y de los pañuelos de

Manila, sustituyéndolos por los de talle, y á dejar el novio y el padrino las pesadas capas; las mujeres á quitarse los mantos, y los mozos á dar un tiento al guisote de bofes y asaduras del novillo y al pellejo del vino, para poder esperar sin desmayarse al medio día á que empezara la comida.

Con esto y un poco de baile delante de la Casa-Ayuntamiento se llegó á la hora del *banquete*, que se anunció con unos golpes dados en el tamboril por el tío Pedro.

Ocupados los asientos por los convidados, se sacaron las fuentes de fideos, espesos y amarillos, que despachó la concurrencia en poco tiempo, remojados por los tragos en jarras que, como canjilones de noria, pasaban su descanso los hombres destinados á coperos.

Detrás de los fideos, las barreñas con los no muy tiernos garbanzos; otras fuentes con la carne, la morcilla y el tocino; más barreñas con guisote de carne del novillo, y por fin, los platos de arroz con leche, bien espeso y cargadito de canela.

La gente fué caldeándose con el vino y los vapores del condumio y empezaron las disputas porfionas, los chascarrillos de los viejos y las sencillas bromas de los mozos que trataban de embadurnar la cara de alguna muchacha con el postre, y que hacían gritar á la *tía Frasca*, enfurecida «*Dejaila, piázo* burros, que la emporcáis el *vestto* y el pañuelo. ¡*Soltaila*, cacho bestias! Tú, *Colás*, no seas asina, ¡hastialote!» Y la pobre moza salía de entre las manos de aquellos barbarotes con el moño deshecho, las horquillas

rodando por el suelo y la cara empegotada de arroz con leche y llena de chafarrinones de canela.

Bien repleto el tío Pedro, eructando de satisfecho y limpiándose el prolongado morro con el moquero de hierbas, que tenía durante la comida sobre el muslo, se levantó, recogió los instrumentos, colgóse el tamboril, y arpegeando la gaita se fué, seguido de los novios y de la gente joven, camino de la plazoleta de la botica, en la que estaba preparada la mesa y las bandejas para la ofrenda, y los bancos para que se sentara la gente grave.

Apenas llegaron, empezó la danza, bailando el novio con la novia, el padrino con la madrina, el padrino con la novia, la madrina con el novio, y hasta el novio con el padrino, dando cada uno de los que bailaban con el novio ó con la novia una moneda de cinco céntimos por cada baile que bailaban. Después fueron bailando sucesivamente todos los hombres con la novia y todas las mujeres con el novio, y siempre aprontando una *pevrita* de estipendio.

Pocos hombres faltaban ya por bailar con la Remedios, cuando se presentó en la plaza Vicente, con todas sus chulescas galas y luciendo una gorra nueva de felpa, de cuadros verdes y encarnados, con visera de celuloide negro. Acababa de llegar de Valdelacasa, en donde dejó á su padre, para poder estar en el baile, según á aquel le dijo.

Su presencia hizo fruncir el ceño á Juan de la Cruz y robó los colores á la novia.

En una de las mudanzas de parejas, se llegó Vicente á ella, sonó la gaita y bailaron, temblándole á Remedios las

piernas y preñándosele los ojos de lágrimas de rabia, que contenía á duras penas. Terminada la pieza, metióse Vicente la mano en la faltriquera, sacó una moneda, que llevó á la mano de la chica; retirola ésta con disimulo y con pres-teza, y la moneda cayó al suelo, envuelta con la tierra.

Para todos pasó inadvertido este incidente, menos para el hijo del tío Lope, que se apartó amuecando una sonrisa que semejaba una amenaza.

Terminado el baile de los novios, salió el tío Pedro con unos cuantos mozos por la calle de la Botica, mientras los novios y los padrinos se colocaban detrás de la mesa para comenzar la ofrenda.

Los hombres, uno á uno, fueron pasando por delante de la mesa, levantando, en saludo á los novios, sus sombreros ó sus boinas y depositando en una de las bandejas los diez reales, estipendio marcado para los hombres. Después de los hombres, pasaron las mujeres saludando con inclinaciones de cabeza y dejando seis reales cada una.

Mientras se verificaba la ofrenda, venía de vez en cuando el señor Pedro con los mozos que le acompañaron y que traían sendas medidas rasas de trigo, en el que iban clavados platos y cubiertos de peltre, y de cuyas medidas colgaban sábanas y toallas majamente bordadas: eran los regalos que habían tenido los novios y los que hacían los padrinos.

Remedios y su tía recogían los paños, los cubiertos y la loza, que depositaban en cestas preparadas de antemano, y el grano se vertía en un costal grande que tenían

destinado para ello. Lleno éste, uno de los mozos más forzudo cargó con él, llevándole como en la boda del hijo del tío Asensio le llevó *Chinarro*. Para el suyo no fué menester mozo de grandes fuerzas.

Terminada la ofrenda salieron todos camino de la casa de los novios, rodeando las mozuelas á la novia, y cantándole coplas de despedida:

«Casadita, casadita,
Ya te vas con tu marido;
Cuando estés en la tu casa
No nos eches en olvido.

Ya te vas con tu marido,
Casadita venturosa;
El domingo por la tarde
Ya no estarás con nosotras.»

Llegados á la puerta de la casa hizose corro, y entonces bailó el novio con la novia, sacando aquél, al acabar la copla, las monedas recogidas en los bailes de la plaza, y se las entregó á Remedios, en señal de que, á partir de aquel momento, ella había de ser la administradora de los bienes de ambos, y terminando con la extraña ceremonia de arrodillarse la novia, ponerla el marido un duro sobre la cabeza y bendecirla ceremoniosamente.

El baile siguió en la plaza de la iglesia hasta bien entrada la noche, que llamaron para la cena con los mismos golpes de tamboril que á la comida.

La noche estaba obscura. A la entrada del Concejo quedó Remedios sola un momento, Vicente, que estaba avizorando, aprovechó el instante:

—Oye, Remedios, ¿me hiciste un feo esta tarde, que no te lo perdono, si no puedo hablarte antes de irme el jueves, ¿irás por casa?

—Que te apartes, ¡canalla!—le respondió ella en voz baja, y temblándola los labios de coraje, corriendo calle adelante.

—Te acordarás pronto... ¡Te lo juro!

Nadie oyó el juramento, ni Remedios, que del brazo de otras mozas había entrado ya en la sala.

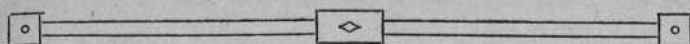
Comió la gente con el mismo apetito que á mediodía, los restos del novillo, la ensalada y los higos secos, y empezó la sesión de juegos, en que el *tío Perete* era maestro. Con el juego del *viejo* y la *porrita* hizo desternillarse de risa á jóvenes y viejos, y con el del *violín* se armó gran algazara de gritos y las mozas se taparon la cara avergonzadas.

Con éstas y las otras pasó la media noche.

Se levantó la gente grave, habláronse los mozos en voz baja, y la comitiva de muchachas, cantando más cantares, se fueron acompañando á los novios á su casa.

Despidiéronse todos, y los mozos se quedaron junto á la ventana de los novios dándoles *matraca* con cánticos y voces, golpes en la puerta, amagos de asaltos al tejado y todas la *ingeniosidades* propias de estos casos.





El carril de paja

La bullanguera mocería, cansada de canturrear á la ventana de los novios, marchóse de recogida.

A lo lejos, aún se escuchaba el agudo *jijeo* de algún rezagado rondador.

Las primeras luces de la mañana ahuyentaban las negruras de la noche, dejando apenas distinguir un bulto que, resguardándose con la sombra de las casas, marchaba agazapado y receloso, á lo largo de la calle.

Llegó á la ventana de *Chinarro*, golpeó en ella con fuerza y huyó por los mismos pasos que había traído.

Abrióse con brusqueza la ventana, miró Juan de la Cruz á la calle, y, á la débil luz de las primeras horas, vió una pajiza senda que partía de la puerta de su casa.

Un alarido, mezcla de gemido y de blasfemia, salió de su garganta. Corrió al carrejo, abrió la puerta, miró afañoso y como un loco, echó á correr á lo largo del *carril de paja*.

Allá, en la plaza, á la puerta misma del tío Lope, terminada la deshonrosa vereda.

Golpeó *Chinarro* con fuerza la cerrada puerta. Escuchó..., oyó ruido de gente detrás de ella, y....

—¡Abre, cochino!—gritó, temblándole la voz de coraje.—¡No te escondas, cobarde; sal *p'aquí* afuera—retó, ronco de ira.

Abrió Vicente de golpe el pesado portón, y de un brinco se plantó en medio de la calle.

—¿Qué me quieres?—preguntó jactancioso, rehilón y lívido.

—¿Qué te quiero? *matate*. ¿No has hecho tú ese carril? ¡Granuja!

—Yo le hice, ¡ea!, ¿qué tenemos?... ¡Porque puedo!

—¿Tú? ¿Que tu puedes? ¿Has dicho que *pués hacele*?

—Tu mujer lo sabrá... Anda, pregúntala.

—¡No la mientes, ladrón, que te hago cachos!—rugió *Chinarro*, y se abalanzó sobre el lanero.

Se abrazaron aquellos hombres como habíanse abrazado en las eras del Guijuelo; oyóse como entonces, crujir los huesos y afanar los pechos, y vióse entonces, como en aquella tarde, caer á Vicente, sojuzgado por *Chinarro*.

Caídos en el suelo, sacó Vicente con rapidez un cuchillo de entre su faja y le clavó en el cuerpo de *Chinarro*.

—¡Asesino!—gritó Juan de la Cruz al sentirse herido. ¿Quiéres *matame*? Pues ¡toma, bicho malo!

Y apoyando la rodilla sobre el pecho del caído, llevó las manos á la garganta de Vicente y apretó con rabia. Soltó

aquél el cuchillo para desasir con las suyas las manos de *Chinarro*, que le agarrotaban ahogándole, y cayó á poco, extendidos los brazos sobre el suelo, quedando inerte sobre las manchadas pajas del infamante carril.

Alzóse *Chinarro* lívido y tambaleándose, chorreando sangre de la abierta herida, cuando empezaban á abrirse algunas ventanas, á escucharse los pasos de la gente que corría por las vecinas calles, murmurar de voces y forcejeo de hombres sujetando á una vieja que gritaba: «¡Mi hijo, mi Juan, me lo matan!...», y, delante de todos, desgrañada, pálida, mal vestida y rebujada en el pañuelo de gala de sus bodas, Remedios, que llegaba á la plazoleta, y se abalanzaba á *Chinarro*.

—¿Qué tienes, mi Juan, mi Juan, Juan de mi vida, qué ha sido? ¿Qué te ha hecho ese ladrón? ¿Le mataste?

—¡Ya ves: he *borrao* con su vida y con mi sangre el carril que *d'ambos* habíais hecho en la mi honra!





EL AMO DE LA TERNERA

—DO—

:: :: Cuento que obtuvo el segundo
premio en el concurso celebrado por
La Tribuna de Madrid :: :: ::

—¿Hay *premiço*?

—Adelante... ¡Hola, tío Pedro!

—Buenas tardes, D. Auleriano... A la señorita ya la veo tan *güena*.

—Muy bien, gracias... ¿Y por su casa? ¿Qué tal su hijo?

—Ya está de lo vivo á lo *pintao*, señorita; cuando llegó era el *véle*.

—Se encalabrina la gente con las halagadoras promesas de los *ganchos*.

—Es que son unos *arbolarios*, D. Auleriano; se figuran que en otras partes atan los perros con longaniza, y se dejan el pellejo trabajando como negros.

Y es lo que yo digo; si la *metá* de lo que se afanan por

allá los hombres para granjearse cuatro cuartos lo emplearan en los sus pueblos, otro gallo nos cantara, y tendríamos buenas onzas de oro, en lugar de esas libras embusteras que se traen de aquellas tierras. ¡*Miste*, señorita *Ugenia*, que llamar libras á cien reales, cuando aquí cada onza valía *deciséis duros*...

—¿Y qué buen aire le trae a usted por aquí, molinero?

—Pues, á *hacele á usted* una pregunta, si no es *escusá*, D. Auleriano.

—No, hombre; hable usted, ¿qué es ello?

—Pero, siéntese, señor Pedro.

—Gracias, señorita... con licencia... Pues verá *usted*; va *pa* cinco meses que *cambeemos* yo y Juan, el de la *Petra*, un *güey* barcino que él tenía, por una vaca retinta que era mía, dándome noventa reales encima.

Yo, la *verdá*, vendí la novilla porque en los cuatro años que la tuve en la mí casa, no me crió ni un mal becerro, y *usted* sabe, D. Auleriano, que para un *probe* como es uno, eso no es avío; ya lo dice el refrán: «Ni vaca *horrá*, ni mujer *paridora*.»

Y con ese conque *tratemos* yo y Juan; es decir, el trato se hizo *asina*. Yo quería que me diese cien *riales* con el *güey*; él no quería pasar de los ochenta; pero terció *Tomasón*, el de *Aldeanueva*, yo les eché el buen provecho, y nos *tomemos* el alboroque en *cá* del estanquero.

Bueno; pues *trasantier* tarde, cuando *golvia* de aporcar las viñas de *Regavinos*, apenas asomé por el carrojo, va y salta la mí *Nicolasa*:

—Sabe *usté*, padre, que ha *parto* la *Rojilla*?

—*Miste*, D. Auleriano; como me tengo de morir, si me *habría* dicho que la que acababa de parir era su madre, y ya saben ustedes, señoritos, que la mi mujer va *pa* los sesenta, no me insulto como con la noticia de la *Roja*.

Cuidiao que es mala sombra, ¿no *verdá*, D. Auleriano?

Así fué que mal apenas solté el «azaón» y la anguarina, en dos «patás» me planté en «cá» de la Petra: pregunté por su marido; me contestó que estaba en el establo; la dije que si era «verdá» lo de la «Roja»; me respondió que sí, y salí por aquella cuesta abajo, echando «jumo»; llegué á la «tená», me «colé» sin dar el Avemaría... la ternera estaba allí, mamando de la de su madre. No puede «usté» figurarse, doña «Ugenia», cosa más maja que aquella bendición; daba gloria «véla».

En fin, y *pa* no cansar, que le largué á Juan que el trato no era válido, porque si se hizo, él lo sabía también como yo, había sido con el aquel de que la *Roja* estaba *horra*, y que como á lo que se había visto, la vaca estaba *cargá* cuando se hizo el trato, pues que no había nada de lo dicho.

El que sí, yo que no, nos *enzarcemos* de palabra, nos *liemos* á cachetes, Juan me sacudió un guantazo, que ya ven ustedes cómo tengo *entodavía hinchao* este carrillo; yo le dí un linternazo en semejante sitio... y aquí me tiene *usté* á que me diga si es de ley ó no es de ley que yo me lleve la vaca y la ternera, *degolviendo*, por de *contao*, el *güey* y los noventa *riales*.

—Vamos á ver ¿usted le dijo claramente a Juan que si le vendía la vaca era teniendo en cuenta que no estaba preñada?

—¡Toma! ¿No le digo á usted? Vaya si se lo dije, y ahí está Tomasón, el de Aldeanueva, que no me dejará mentir.

—Bueno; pues en ese caso, la ternera es de usted.

—¿Verdad que sí? Si ya se lo decía yo á la mi mujer y á la mi chica. Pues menudo alegrón que les voy á dar en cuanto llegue. ¿Y qué tengo de hacer?

—Lo primero demandarle; celebran ustedes juicio de conciliación; seguramente no se avendrán, y en tal caso, me encargaré yo del asunto en este Juzgado. ¿Me ha entendido usted?

—«Maseao», sí, señor... Conque, D. Auleriano, que no *halga* novedad, y hasta el viernes, si Dios quiere; que «vaiga» bien, señorita.

—Vaya usted con Dios, y dé usted memorias á la tía Isabela.

—De su parte... y serán bien *agradectas*.

La conversación que narrada queda, tenía lugar en el gabinete que á la vez servía de despacho a D. Aureliano Quintanilla, licenciado en ambos derechos, con bufete de abogado en la realenga y vetusta villa de Arcen del río Duero, y casado con D.^a Eugenia del Arroyo, la «Mediquina», por mal nombre.

No tenía el matrimonio sucesión, y esta contrariedad

era la única rompiente en aquél, a modo de remanso, que semejaba su vida sosegada y plácida.

En los ocho años que llevaban de dichosa coyunda, más de una vez las alteraciones gástricas de la abogada y su inmotivada aversión al cocido, síntoma monitorio del proceso de gestación en esta tierra de garbanzos, había hecho concebir ilusiones engañosas á los dos esposos.

Pero nada; ni las consultas á médicos especialistas, ni los baños de mar en las playas del Cantábrico, consiguieron otra cosa que embarnecer el antes cenceño cuerpo de la «Mediquina», lo que alejaba las probabilidades de un estado de buena esperanza.

El gabinete donde se celebró la entrevista con el señor Pedro el molinero, era una habitación de paredes jalbegadas, grandes baldosas pintadas de rojo reluciente, y techo de cuarterones de roble ennegrecido por el tiempo, como lo eran las hojas de las puertas y las de la alacena ventilada por pequeñas celosías. Orientada al mejor aire, por un balcón que daba al patio entraba el sol á raudales [en invierno, quebrándose sus rayos en el reluciente pelo negro de la hermosa mujer del abogado, enrojeciéndola sus mejillas redondas y carnosas, adormilando al gato, que, zalamero, se subía al halda de su ama, y haciendo deshacerse en ensordecedores gorgoritos al canario, que torcía la pajiza cabecita, para lanzar sus trinos dentro de la jaula, colgada del dintel.

El letrado no usaba de su mesa-escritorio los meses de invierno, sino que se sentaba en un sofá de Vitoria mulli-

do por una colchoneta de lana, forrada de damasco rojo deslucido, delante de una camilla con brasero, faldillas de bayeta y tapete de hule blanco con el mapa de España en el centro y retratos de los reyes estampados en orla.

Cuando el sol no lucía en el firmamento, el gato se acurrucaba junto á la alambarrera del brasero, D.^a Eugenia se aproximaba á la camilla, muy arrimadita á su marido, el cual, de vez en vez, suspendía su trabajo, tomaba por la barbilla el rostro de la «Mediquina», que le sonreía agradecida, y tornaba á hojear el Alcubilla, mientras el gato roncaba acompasado, al suave calorcillo de la lumbre.

—Señorito, el tío Juan, el de la Umbrosa, que si puede estar con usted.

—Dile que pase.

.....

—Con licencia... Dios guarde á *usté*, D. Aureliano y á la compañía.

—Y á tí también, buena pieza... Siéntate.

—No, señor; no me *vaga*; he *dejao* al mí muchacho á la *salta* del puente con una piara de lechones, y me voy de camino, no vaya con mil demontres á *esmanearse* alguno.

—Y su hija, tío Juan, ¿salió ya de su cuidado?

—Sí, señora; y, por suerte, en aleluyas.

—¿Cómo?

—Quiero decir que ha traído *melguizos*; aquello es un castigo, D.^a Eugenia.

—No diga usted eso. Los hijos no son castigo, sino bendición.

—Pues, *misté*, la de mí muchacha ha *debto* ser como de obispo, porque lleva tres en veinte meses... Con que á lo que vengo. Yo quería, D. Aureliano, hacerle á *usté* una consulta.

—Dila.

—Pues es el caso que *sotro* día hará cinco meses, que merqué una novilla al tío Pedro el molinero; es decir, y *pa* que el diablo no se ría de la mentira, no se la merqué, sino que se la cambié por un buey, dándole encima su por qué.

Bien; pues el martes la vaca *excusó*, y en cuanto el tío Pedro lo supo, se plantó en mi tinada, y allí te quiero ver escopeta; me armó la bronca padre, diciéndome que el trato era menester deshacerle, que él no sabía que la vaca estaba *asina*, y que era de ley que la ternera fuera suya.

Pero, lo que yo le dije: «Venga *usté* aquí, hombre de Dios; si, pongo por caso, uno contrae matrimonio, y á los cinco meses la su mujer le libra un chico, ¿de quién es el crío?» «Hombre—me respondió el molinero—, por justicia es del marido». Pues lo mismo digo yo de la ternera, ¡*coiles!* *Tó* lo que nace debajo de las tejas de mi casa es mío.

—¡Atiza!

--Bueno, de la propiedad de la becerra hablo, D. Aureliano; no se venga *usté* con *pitorreo*.

—Ya, ya te comprendo hombre... sigue.

—Pues nada; que yo vengo á que *usté* me diga si estoy en razón ó sufro de equívoco, si tengo derecho á la ternera ó le tiene el molinero.

—¿Puso el tío Pedro por condición que te vendía la vaca porque no estaba preñada?

—No, señor; á mí, lo que me dijo es que se deshacía de la novilla, porque en cuatro años que la tuvo en su casa no le había *criao* ningún becerro.

—Pero, ¿no estipulasteis que, caso de que pariese la vaca, el trato sería nulo?

—No, señor; no se dijo nada de eso.

—Entonces, la ternera es tuya.

—¡Esá es la mía! De modo que siendo *asina*...

—Esperas á que el tío Pedro te demande; compares en el Juzgado de tu pueblo; de ninguna manera te conformas con lo que diga el molinero...

—Eso, por de *contao*.

—Y lo demás corre de mi cuenta.

—Pues no canso más. *Usté* me dirá lo que tengo que darle.

—Nada, hombre.

—¡Caramba!, que ya van siendo muchas incumbencias las que le vengo dando y no es cosa de que trabaje *usté* de balde.

—Anda, anda; no te preocupes de estas menudencias, que en cualquier ocasión me las pagarás todas juntas.

—Pues hasta más ver, y la salud que no canse. Doña

Eugenia, á ver si toma *usté* puntos de la mi muchacha, y le trae *usté* á D. Aurelio *manque* no sea más que un par de abogadillos. Por supuesto, que mejor que ahora, nunca. Bien saben *ustés* lo que se hacen; los dos solitos, y tan ricamente.

—Bueno, Juan, ya lo sabes; el viernes vienes.

—Y le empapelamos al testarudo ese; *miste* que...

—Salió el abogado hasta el barandal de la escalera, despidiendo al cliente, y cuando tornó al despacho, su mujer, que le miraba entre admirada y confusa:

—Pero mira Aureliano que eres fresco—le dijo.

—¿Yo?

—Sí, tú, que dijiste al molinero que era de él la ternera y con el mayor desahogo le aseguras á este otro que es suya. En qué quedamos: ¿la ternera es de Juan ó es de Pedro?

—¡Quita, boba; la ternera es nuestra!



